



Helen Cohn Schucman, Ph.D.

Biografía

FOUNDATION
FOR
INNER
PEACE



Helen Cohn Schucman, Ph.D. Biografía
Copyright © 1990, 2009, 2019, 2025 Fundación para la Paz Interior
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, el almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o la transmisión de cualquier parte de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.), sin el consentimiento previo del editor.

Traducido con la colaboración de Gonzalo García Olagorta y el comité de traducción al español de la Foundation for Inner Peace.

Acerca de *Un curso de milagros*

Un curso de milagros (UCDM o “el Curso”) es un sistema autodidacta, de pensamiento espiritual único, diseñado para despertarnos a la verdad de nuestra unidad con Dios y el Amor. A través de sus enseñanzas, el Curso nos guía hacia un amor y una paz universales, deshaciendo la ilusión del pecado y la culpa mediante un proceso de perdón. Un elemento central de su mensaje es la sanación de las relaciones y, dado que son expresiones de especialismo, las transforma en “relaciones santas”. *Un curso de milagros* es publicado por la Fundación para la Paz Interior (*Foundation for Inner Peace*, FIP), titular de los derechos de autor.

Acerca de la Fundación (*Foundation for Inner Peace*, FIP)

Desde 1975, los escribas de *Un curso de milagros* autorizaron a la Fundación para publicar la versión original del Curso y sus traducciones. La misión de la Fundación, organización sin fines de lucro 501(c)(3), es publicar, distribuir y conversar sobre el Curso.

La Fundación para la Paz Interior ha liderado, hasta el presente, la traducción del Curso a veintisiete idiomas, tomando todas las medidas posibles para asegurar la fluidez y la fidelidad al estilo y significado del original. Además, la Fundación acompaña a los estudiantes del Curso mediante seminarios web mensuales (ofrecidos con traducción simultánea al español), podcasts, libros electrónicos y lecciones diarias en línea, disponibles en siete idiomas.

Para obtener más información acerca del Curso y su historia, y sobre los proyectos que la Fundación está desarrollando, o para acceder a herramientas de estudio, visita acim.org/es. Suscríbete a nuestra lista de correos segura y explora nuestro contenido tanto en inglés como en español ucdm.org.

Envíanos tus preguntas a contacto-ucdm@acim.org.



FOUNDATION FOR INNER PEACE
(FUNDACIÓN PARA LA PAZ INTERIOR)

Tabla de contenido

| | |
|--|----|
| <u>Prefacio</u> | 5 |
| <u>Introducción</u> | 6 |
| <u>PARTE I</u> | 7 |
| <u>Secretos y curiosidades infantiles</u> | 8 |
| <u>Un milagro en Lourdes</u> | 12 |
| <u>Universidad y matrimonio</u> | 18 |
| <u>PARTE II</u> | 23 |
| <u>Una nueva profesión y Bill Thetford</u> | 24 |
| <u>El punto de inflexión</u> | 27 |
| <u>Las series de visiones</u> | 29 |
| <u>Primera serie de visiones</u> | 29 |
| <u>Segunda serie de visiones</u> | 30 |
| <u>Tercera serie de visiones</u> | 33 |
| <u>PARTE III</u> | 35 |
| <u>Claridad y preparación</u> | 39 |
| <u>Un curso de milagros</u> | 41 |
| <u>PARTE IV</u> | 45 |
| <u>Como conclusión natural</u> | 45 |
| <u>¿Qué es?</u> | 45 |
| <u>¿Qué postula?</u> | 47 |

Helen Cohn Schucman, Ph.D.

Biografía

Prefacio

En 1975, a petición de Kenneth Wapnick, Helen Schucman amplió y actualizó una versión literaria escrita por ella misma de su notable vida, una autobiografía inédita que, en su opinión, ofrecería un relato satisfactorio sobre ella. En este escrito, de refinado estilo, Helen narra acontecimientos y períodos escogidos, en particular cómo se convirtió en escriba de *Un curso de milagros*, así como las emociones en conflicto que experimentó durante el proceso. Sin embargo, por razones personales, siendo una persona tan reservada y sensible, Helen decidió no añadirle nada más a la descripción de sí misma.

Con todo, gran parte de los acontecimientos y períodos sobre los que Helen eligió escribir reflejan con fidelidad sus pensamientos y sensaciones sobre algunos de los momentos clave y puntos de inflexión que experimentó. Como resultado, brindan suficiente material biográfico como para familiarizarse con ella como persona. Por ello es adecuado contar su historia a través de esta autobiografía tal como la escribió originalmente. Sin embargo, con fines editoriales, se han insertado subtítulos para mayor claridad, y se han corregido ciertos nombres y fechas para identificar de modo adecuado a personas, lugares, períodos y eventos que en un principio estaban oscurecidos de forma intencional.

También, como se verá, la redacción de Helen fluye bastante bien, lo que muestra su notable habilidad para escribir, que a su vez ofrece una conmovedora expresión subjetiva sobre los aspectos públicos, profesionales y privados de su vida, tal como ella decidió presentarlos. Más aún, despliega un retrato rico, relevante y más objetivo sobre esta extraordinaria persona y su vida, brindando una mejor comprensión de la personalidad, con marcada fuerza y a veces en conflicto, que en principio parecería una opción muy poco probable para servir como escriba de *Un curso de milagros*.

Introducción

El propósito de esta introducción es describir algunos de los eventos más increíbles de mi vida. No puedo explicarlos porque no los entiendo. Cuando empezaron, yo no sabía nada de misticismo y atesoraba un prejuicio infundado pero intenso contra el mundo y todo lo que yo pensaba que representaba. Aún no me he recuperado del todo de este prejuicio. La idea de que algún día yo misma me convirtiera en una especie de mística me habría llenado de horror. Hasta cierto punto, todavía es así. Es la segunda parte de esta introducción la que tiene una relación directa con algunos de estos acontecimientos más inesperados. Sin embargo, la primera parece conducir a ellos de manera un tanto indirecta.

Esta parte preliminar, una especie de «introducción a la introducción», rastrea mi interés inicial en la religión, algo bastante natural en una niña, pasando por una larga serie de decepciones hasta llegar a una sensación de resignación y derrota. El relato es en realidad un ensayo académico escrito hace años como requisito para un curso de posgrado en Psicología. La tarea era exponer un problema específico en nuestras vidas, y comentar cómo se había resuelto. A continuación se incluye mi ensayo tal como lo redacté en ese momento. Describe mi extensa y desalentadora búsqueda de Dios y, de hecho, está escrito por alguien que interpreta ese afán desde un punto de vista psicológico más que religioso. Ese era el marco conceptual al que había llegado en ese momento, y el nivel en el que esperaba permanecer. La posición que sostuve sobre la religión se resumía en un breve prefacio que escribí en el ensayo:

«Esta es la historia de mi búsqueda de Dios. Comenzó cuando yo era una niña pequeña, y terminó hace poco de una manera algo tentativa. Creer que resolví el problema depende en gran medida de cómo se mire. Se podría decir que nunca se resolvió, ya que en el tema de Dios al final no llegué a ninguna conclusión. Por otra parte, también podría decirse que, desde el principio, el problema no era en absoluto religioso, por lo que una solución en tales términos no era esencial. En todo caso, superé una larga preocupación por la religión, y eso en sí mismo es una especie de solución».

Ese resultó no ser el verdadero final de la historia, como muestra la segunda parte de esta introducción. Tampoco habría habido medio alguno de predecir los sucesos posteriores a partir de los anteriores. Los episodios finales siguen siendo increíbles incluso para mí. Solo sé que ocurrieron. Trataré de describirlos tal como pasaron, pero ni siquiera intentaré explicarlos. Eso sería, sin duda, imposible.



*Helen a los 2 años
con su madre*

PARTE I

Cuando era niña, vivía en uno de los extremos de un apartamento grande con la señorita Richardson, que era mi institutriz. Todos los demás vivían en el otro extremo. La señorita Richardson y yo dormíamos en la misma habitación, y también teníamos nuestra propia sala de estar y baño. Cuando salíamos siempre volvíamos directamente a nuestra parte del apartamento. Rara vez veía el resto. Tenía un padre en el otro extremo del apartamento, pero estaba muy ocupado y casi nunca llegaba a casa antes de irme a la cama. También tenía un hermano adulto que era unos catorce años mayor que yo. Él también estaba muy ocupado, y las niñas pequeñas no parecían gustarle mucho. Un cocinero y una criada vivían en algún lugar del apartamento, pero yo no era su problema. La casa funcionaba muy bien. La señorita Richardson traía la comida a nuestra sala de estar y comíamos juntas. Después recogía los platos y los ponía en alguna parte. Georgia, la sirvienta, arreglaba nuestras habitaciones por la mañana mientras estábamos en el parque.

Mi madre era una señora callada, que hablaba en voz baja y tenía la esperanza de caerle bien a la gente. Había dejado de enseñar después de casarse, y adoptó un estilo de vida pulcra y ordenada en el refugio de su hogar. Estaba convencida de que se había casado con un hombre maravilloso a quien dejaba todas las decisiones, pues estaba segura de que él poseía un criterio superior. Ella tenía más de cuarenta años cuando llegué. Aunque no permitió que mi llegada perturbara la estabilidad de su vida, me había deseado y me amaba lo mejor que podía. En realidad, estaba muy contenta conmigo ya que había resultado ser la niña de ojos azules que ella había querido. Yo pensaba que era una dama maravillosa, y trataba de parecerme lo más posible a ella. Sin embargo, creo que nunca lo conseguí del todo.

Mi madre era inglesa y la señorita Richardson también, y me parecía que cuando hablaban, tenían un tono muy parecido. Me encantaba escuchar a la señorita Richardson. Nuestra relación era amistosa, aunque algo formal. A la señorita Richardson le pagaban por cuidarme, y lo hacía. Nunca me habló mucho de sí misma, pero una vez me dijo que en realidad no le gustaba vivir en casas de otras personas, y que en cuanto hubiera reunido el dinero suficiente para comprar su propia casa, regresaría a Inglaterra. Yo tenía la esperanza de que le llegara a gustar vivir conmigo, pero nunca fue así. Pero nos llevábamos bien y nunca tuvimos problemas.

La señorita Richardson acababa sus labores conmigo cuando me acostaba por la noche. Después de eso, se metía en nuestra sala de estar y cerraba la puerta. La sala de estar tenía otra puerta que daba a un pasillo hacia el otro extremo del apartamento. Yo fingía que ella se quedaba en el salón y no se iba, aunque sabía que no era verdad. La sirvienta y la cocinera dormían en casa, así que no estaba sola. La señorita Richardson era libre de salir por la noche si quería. Nunca me levanté para ver si todavía estaba en la sala de estar, porque pensaba que sería terrible abrir la puerta y ver que se había ido. Muchas veces no me quedaba dormida hasta que ella volvía. Nole decía nada porque sabía que estaba «fuera de su horario laboral».



Helen a los 3 años

Secretos y curiosidades infantiles

Antes de acostarse, la señorita Richardson se arrodillaba y susurraba para sus adentros durante un rato. Me sentía algo reticente a preguntarle al respecto, pero al fin reuní el valor suficiente para hacerlo. Me explicó que era católica, y cada noche antes de irse a la cama rezaba el rosario. Le pregunté qué era un rosario y ella me mostró el suyo. Estaba hecho de bonitas cuentas azules y me gustó. Pensé que sería bueno tener uno, e incluso podría ser un poco mágico. Le pregunté si yo también podía tener uno, pero me dijo que era solo para católicos. Sugerí que quizás mi madre me compraría uno, pero ella pensaba que sería mejor no mencionarlo. Dijo que era un secreto, así que prometí no decir nada.

La señorita Richardson y yo teníamos otro secreto: el lugar a donde íbamos los domingos por la mañana. En vez de ir al parque, que era lo que generalmente hacíamos, íbamos al otro lado de la ciudad para que nadie nos viera. Luego íbamos a uno de los lugares más hermosos que había visto en toda mi vida. La señorita Richardson me dijo que era una iglesia católica. No se me permitía entrar porque yo no era católica. Tenía que prometer que no me alejaría y me quedaría en el pórtico hasta que ella volviera a salir. Pero podía ver las flores, las velas y las estatuas por el pequeño espacio entre las dos grandes puertas que se abrían hacia adentro. A veces oía música, y la voz de un hombre diciendo cosas que no entendía. También había un olor encantador que llegaba incluso al pórtico. Una vez me escabullí a una pequeña capilla en un lado de la iglesia. Allí había una estatua de una encantadora dama, con luz alrededor de su cabeza y flores y velas en el pequeño jardín frente a ella. Allí todos tenían cuentas como el rosario de la señorita Richardson. Yo quería quedarme, pero temía que a ella no le gustara. Sin embargo, decidí que cuando creciera sería católica, para poder venir y quedarme el tiempo que quisiera.

La señorita Richardson tenía una amiga que también era institutriz y cuidaba de otra niña de mi edad. Solíamos jugar juntas mientras la señorita Richardson y su amiga se sentaban en un banco del parque y conversaban. Descubrí que la niña era católica. Tenía un rosario, y se sorprendió mucho cuando le dije que yo no tenía uno y que no sabía para qué era. Explicó, de modo más bien condescendiente, que era para rezar a la Madre de Dios. Le pregunté acerca de Dios, y ella estaba muy sorprendida por mi ignorancia. Yo no sabía casi nada de Él. Ella me dijo que Dios es nuestro padre, y que podíamos pedirle cosas y Él nos las daba. Esto me pareció maravilloso, y me pregunté por qué nadie me lo había dicho antes.

Le pregunté a la niña dónde estaba Dios, porque había muchas cosas que yo quería. Dijo que solo necesitabas cerrar los ojos y podías verlo. Cerré los ojos, pero no vi nada. La niña no tuvo problemas para entender esto. Yo no era católica, ¿qué podía esperar? Me sugirió que probara con la Santísima Virgen, que era muy amable y escuchaba a casi todo el mundo. Me dijo que la Santísima Virgen llevaba un vestido azul y un velo blanco, y pensé en la hermosa estatua que había visto en la iglesia de la señorita Richardson. Cerré los ojos de nuevo y esta vez lo hice un poco mejor. Me pareció haber vislumbrado un velo blanco. La niña dijo que estaba muy bien para una principiante, y que debía seguir intentándolo. Después de todo, si no lo hacía, iría al infierno y ardería para siempre.

Estaba tan emocionada por el velo blanco que no presté mucha atención a la última observación de la niña hasta que me acosté esa noche. Entonces empecé a gritar. La señorita Richardson me preguntó qué pasaba y le dije que tenía miedo del infierno. Iba a arder para siempre a menos que fuera católica, tuviera un rosario y pudiera entrar en la iglesia. La señorita Richardson estaba bastante preocupada, pero no sabía qué hacer. Se quedó pensando un rato, y finalmente dijo

que era mejor que les preguntara a mis padres acerca de la religión. Explicó que la gente suele tener la misma religión que sus padres, y tal vez podrían hablarme de estas cosas. Dijo que no necesitaba temerle al infierno, porque ella rezaría por mí. Se lo agradecí mucho y le hice prometer que no lo olvidaría. Entonces decidí de inmediato preguntar a mis padres acerca de mi religión. La señorita Richardson no me lo impidió.

Me acerqué a la sala de estar, donde mi padre estaba sentado leyendo un periódico. Lo observé desde la puerta por un tiempo antes de entrar. Mi padre levantó la vista y pareció sorprendido.

—¿Pasa algo? —preguntó—. ¿No está la señorita Richardson?

Dije que sí.

—Oh —dijo papá—. Bueno, tu madre no está aquí y no creo que regrese en un rato.

Volvió a su periódico, al parecer convencido de que la conversación había terminado. Pero yo me quedé ahí. No lo conocía muy bien y no sabía cómo empezar, pero tenía que averiguar sobre mi religión. Por fin empecé, de manera un poco repentina.

—Padre, ¿qué eres tú? —le pregunté.

—Creo que no lo comprendo —dijo mi padre desconcertado—. ¿Quieres decir que quieres saber lo que hago?

Dije que tal vez fuera eso. Mi padre dijo que era químico. Le pedí que me lo explicara, cosa que intentó hacer. No entendía lo que decía, pero sentía que no era la respuesta que quería. Entonces le pregunté si creía en Dios y si tenía una religión. Mi padre dijo que no creía en Dios y no tenía un marcado interés en la religión. Le pregunté si eso significaba que yo tampoco tenía religión, pero dijo que la gente debería decidir sobre eso por sí misma. Pregunté lo que mi madre había decidido, y él me dijo que ella tenía algún tipo de religión, pero pude ver que él no pensaba mucho en ello. Dijo que no estaba muy seguro de cuál era su religión en ese momento, y no parecía tener un interés definido en el tema. Sin embargo, me quedé un rato más. Por fin, mi padre vio que yo sí tenía algo en mente. Dejó su periódico y me pidió que me sentara. Tuvimos una larga charla sobre religión, quizás la única conversación real que tuvimos.

Empecé diciéndole a mi padre que quería ser católica a causa del infierno. Mi padre dijo que él mismo no creía en el infierno, y que no le parecía necesario que me preocupara. Al parecer se podía ser religioso y no creer en el infierno, lo cual fue un gran alivio para mí. Mi padre dijo que él mismo había sido judío de niño, porque su padre era judío, y a su madre no le parecía mal, aunque ella no lo era. Le pregunté si eso me hacía también judía. Después de todo, yo aún esperaba ser algo. Mi padre opinó que yo debía pensarlo por un tiempo, pero yo quería ser judía enseguida. Le pregunté si los judíos creían en Dios, y me dijo que podían, si querían hacerlo. Entonces le pregunté si conocía alguna oración judía. Lo pensó por un tiempo, y luego recordó una que había aprendido cuando era niño. Comenzaba con: «Señor Dios de Israel», y eso me impactó mucho. Él dijo más de la oración, pero eso fue lo único que retuve.

Le pedí a mi padre que me contara un poco más sobre la religión de mi madre, pero me dijo que no podía seguirle el ritmo y que había dejado de intentarlo. Le dije que quizás ella también decidiría ser judía, y mi padre se rio y dijo que no era probable. Pero yo había tomado una decisión sobre mí misma. Volví a nuestras habitaciones y le dije a la señorita Richardson que había hablado con mi padre y que me había enterado de que era judía. La señorita Richardson no dijo nada.



Helen a los 6 años

Aquella noche, mientras ella rezaba su rosario, yo repetía para mis adentros: «Señor Dios de Israel» una y otra vez. Estaba muy emocionada por ser judía. Había sospechado durante mucho tiempo que me faltaba algo, y ahora que era judía estaba convencida de que todo iba a salir bien. Pero no le mencioné mi religión a mi madre. Por alguna razón me pareció que podría no gustarle.

La señorita Richardson se fue un año después. Por fin había ahorrado lo suficiente para comprar su propia casa. Me besó antes de irse y me dijo que se acordaría de rezar por mí. Le di las gracias y le dije que yo también rezaría por ella, si quería una oración judía. Dijo que eso estaría bien, y prometió escribirme y enviarme fotos de Inglaterra. Nunca lo hizo, pero yo recé por ella durante mucho tiempo por las noches, diciendo mi oración especial judía. Después de que la señorita Richardson se marchara, mi madre decidió que ya no necesitaba una institutriz especial. Yo llevaba ya casi un año en la escuela, y dijo que ella misma me llevaría por las mañanas, y una nueva señora me recogería por las tardes y me llevaría al parque. La señora cenaba conmigo por la noche y después se iba.

Me sentía sola por la noche sin la señorita Richardson. Me acostaba en la oscuridad y rezaba mi oración especial, pero eso no me ayudaba mucho. Pensé que quizás sería mejor aprenderme el resto. Tal vez era demasiado breve o algo así. Pero no me gustaba la idea de preguntarle a mi padre sobre el resto de la oración. Él podría pensar que debería habérmela aprendido la primera vez, después de haberse tomado la molestia de recordarla por mí. Y luego, el Señor Dios de Israel me desilusionó de una manera terrible. Tenía miedo de dormir sola por la noche, sobre todo cuando mis padres salían. No conocía muy bien al cocinero ni a la criada, y nunca se me habría ocurrido ir a hablar con mi hermano. Así que encontré una forma de hacer que mi madre se quedara en casa. Me asomaba a su habitación y, si la veía empezar a ponerse el sombrero y el abrigo, me daba un fuerte dolor de estómago. La primera vez sucedió de verdad, y así fue como descubrí que mi madre no saldría si yo estaba enferma. De modo que empecé a tener muchos dolores de estómago a partir de entonces.

Mi madre me llevó a un médico, que me miró por todas partes y dijo que no veía nada malo. Después de otros cuantos dolores de estómago, mi madre me llevó a otro médico. No hice ninguna conexión entre mis dolores de estómago y los médicos. No me hacían preguntas, porque mi madre les explicaba las cosas. Fue desafortunado que siempre me agarrara el lado derecho durante mis «ataques», y que mis expresiones de dolor fueran tan convincentes. Incluso vomitaba en ocasiones especiales, me ponía muy agitada y febril, y después me recuperaba abruptamente. También me daban algunos dolores de estómago cuando mi madre no salía, para que no fuera demasiado evidente. Si no hubiera sido tan cautelosa con estos detalles, aún podría tener mi apéndice. Un día mi madre me llevó a un médico especial, que me examinó durante mucho tiempo y nos dijo que volviéramos luego para examinarme un poco más. Después le oí decirle a mi madre que no encontraba nada malo, pero que dadas las circunstancias... Y no alcancé a oír el resto.

Unos días después, la señora que solía venir por la tarde llegó temprano en la mañana y me puso el sombrero y el abrigo mientras mi madre se ponía el suyo. Pregunté a dónde íbamos todos, y mi madre me dijo que no me pusiera nerviosa. Iríamos al hospital donde los médicos harían lo necesario para que no tuviera más esos horribles dolores de estómago. Al principio no lo entendí, pero cuando mi madre me lo explicó mejor, empecé a gritar. Entre gritos, le dije que en realidad nunca había tenido dolores de estómago, pero ella pensó que lo decía porque tenía miedo de ir al hospital. Ella y la señora prácticamente me arrastraron hasta un taxi mientras yo seguía gritando.

En el hospital salió un hombre y les ayudó a llevarme hasta una habitación. Luego me acostaron y una enfermera me dio algo de medicina. Un poco después me quedé dormida.

Me mantuvieron aturdida todo el día y toda la noche, así que no podía pensar mucho. Sabía que mi madre se quedaría conmigo, y esa parte me gustaba. Incluso pensé que tal vez sería agradable estar en el hospital. Pero a la mañana siguiente vinieron a buscarme. Me pusieron en una camilla y me sacaron. Grité y grité, y tuvieron que sujetarme a la camilla. Entramos en una especie de habitación que me daba mucho miedo, y allí me esperaban tres hombres. Dos de ellos me sujetaron mientras el tercero me ponía una máscara en la cara. Yo gritaba «Señor Dios de Israel» una y otra vez mientras arañaba y gritaba y mordía. Traté de no respirar, pero no pude aguantar mucho tiempo. Las tres caras que se inclinaban sobre mí comenzaron a girar hasta que se convirtieron en una cara grande que primero se tornó amarilla y luego negra, y entonces me quedé dormida.

Cuando desperté estaba de vuelta en mi habitación sintiéndome fatal. El estómago me dolió de verdad durante unos días, pero al cabo de un tiempo empecé a sentirme un poco mejor e incluso comencé a divertirme. Mi madre se quedaba conmigo y hasta mi padre venía a visitarme. Ella me dijo que mi hermano también habría venido, pero se había ido a vivir al campo hasta que regresáramos y estaba demasiado lejos para venir un rato a la ciudad. Mi madre y yo hablábamos de toda clase de cosas cuando estábamos juntas en el hospital, y la noche antes de salir le pregunté acerca de su religión. Había decidido dejar de ser judía después de lo que había pasado. Puede que no hubiera ningún Señor Dios de Israel después de todo, y por eso mi padre había dejado de creer en él. Nunca más volví a creer en Dios, aunque me esforcé mucho y durante mucho tiempo.

Mientras tanto, tenía un problema más práctico entre manos. A la mañana siguiente regresaríamos a casa y tendría que dormir sola otra vez. La solución del dolor de estómago había salido muy mal, y yo no iba a intentar otra vez algo así. Mi madre podría salir por las tardes cuando quisiera, lo cual yo sabía por experiencia que sería muy a menudo. Ya ni siquiera tenía mi oración especial, porque ahora sabía que no iba a ayudarme en una verdadera emergencia. Solo podía confiar en que mi madre me ofreciera algo mejor antes de salir del hospital. A ella parecía gustarle hablar de religión, aunque dijo que todavía estaba «buscando». Pero sí creía en Dios, solo que aún no estaba segura de cómo hacerlo. Me contó todo sobre sus religiones desde que era niña. Me sorprendió mucho descubrir que una vez había sido, en gran parte, judía, aunque ahora no simpatizaba con los judíos. Me dijo que su padre era rabino en Inglaterra, pero que de todos modos provenía de una familia muy buena. Tenía algunos parientes que no eran judíos, lo que también parecía ayudar.

Por fortuna, mi padre también era buena persona. Su padre había ganado la medalla de honor del Congreso a pesar de ser judío, y su madre había sido luterana. Así que, al parecer, yo no tenía nada de qué preocuparme. Mi madre, por su parte, ahora era teósofa. Trató de explicármelo, pero no entendí mucho. Se veía tranquila y feliz mientras me lo contaba, y una especie de resplandor apareció en su cara. Intenté entender lo que decía, pero no tenía mucho sentido para mí. Y entonces, de repente, su acento inglés comenzó a molestarme, y un pensamiento terrible se me pasó por la cabeza. Mi madre sonaba un poco tonta. El pensamiento duró solo un momento antes de que lo escondiera. Le pregunté si sabía de alguna oración que pudiera usar. Resultó que conocía muchas, y me recitó un buen número. Había varias bonitas y unas cuantas hasta parecían canciones, pero ninguna era realmente adecuada.

Por fin, mi madre pensó en una oración que estaba segura de que me gustaría. Era simple y bastante corta, y ella me la repitió una y otra vez hasta que la aprendí de memoria. Entonces me dijo que estaba feliz de que yo estuviera interesada en la religión, y me instó a pedirle a Dios que me ayudara. Mi madre estaba segura de que, si lo hacía, Él me mostraría el camino. Se me ocurrió que ella misma parecía tener problemas para encontrar el camino, pero no lo mencioné en voz alta. Después de todo, estaba siendo muy buena conmigo. Me dijo que cuando llegáramos a casa vendría a mi habitación todas las noches y rezaríamos juntas. Le dije que eso me agradaría mucho. Aunque vino con regularidad durante los primeros días después de que regresamos a casa, dejó de hacerlo tras una semana o algo así. No me apenó mucho cuando dejó de venir. No quería decírselo, pero nunca creí que su oración ayudara mucho. Yo misma la olvidé por completo en un mes.

Un milagro en Lourdes

No recuerdo mucho más acerca de la religión desde entonces hasta los doce años. Mis padres habían decidido pasar el verano en Europa y llevarme con ellos. Estaba muy emocionada por el viaje, pero había una cosa que me incomodaba. Sería un poco raro pasar todo un verano con mi padre. Nunca se me ocurría casi nada que decirle, y él no parecía tener mucho que decirme a mí. A veces me sentía tan incómoda con él que se me revolvía el estómago. Se lo conté a mi madre cuando se acercaba el momento del viaje y me explicó la situación real de mi padre. Hice lo posible por creer lo que dijo sobre él.



Lourdes, Francia

Mi madre me explicó que mi padre me quería de verdad, pero que él era «diferente» y no mostraba sus verdaderos sentimientos como otros padres. De hecho, dijo, él tampoco parecía fijarse mucho en ella, aunque por supuesto la amaba. Ese argumento casi me convenció. Estaba segura de que al menos debía amar a mamá. Tal vez me había equivocado al pensar que yo no le agradaba solo porque no me prestaba mucha atención. Mi madre dijo que eso era todo. Me había equivocado. Mi padre era un hombre maravilloso, y debía intentar apreciarlo más.

En el viaje vi que mi madre tenía razón. Mi padre no nos prestó mucha atención a ninguna de las dos. Pero esto no se debía a que no nos amara, por supuesto. Solo que él era «diferente», y yo trataba de apreciarlo como lo hacía mi madre. Después de todo, era un hombre maravilloso y tenía suerte de que fuera mi padre. Me esforcé por apreciarlo todo el verano, pero creo que no me fue muy bien. Hablé con mi madre sobre esto y me dijo que lo entendía. A ella le había llevado un tiempo darse cuenta de que él era «diferente», e incluso había sido un poco difícil al principio. Me aseguró, sin embargo, que una vez que me diera cuenta de lo maravilloso que en realidad era, entendería lo tonta que había sido por no apreciarlo. Eso, al parecer, era lo que le había pasado a ella.

Pasamos los últimos días del verano de 1921 en Lourdes. Me conmovió profundamente la gruta, y me encantó la estatua de la Santísima Virgen en lo alto de una gran roca. Había montones de muletas y aparatos ortopédicos que las personas habían dejado allí porque se habían curado y

ya no los necesitaban. Había oraciones, servicios y procesiones durante todo el día, y también por las noches. Me dijeron que la gente venía de todas partes del mundo para ser bendecida y curada, y para obtener el agua especial que salía del lado de la roca donde estaba la estatua de la Santísima Virgen. Yo también fui bendecida y compré una botella con una cruz de oro para llevar a casa un poco de agua. Nos hospedamos en un hotel cerca del santuario, y podía ver la roca desde el balcón de mi habitación. Salía a mirarla cada noche, y pensaba en las muletas y los aparatos ortopédicos y en las miles y miles de personas que venían aquí y creían. ¿Podrían todos ellos estar equivocados?

También recordé a la señorita Richardson y su rosario. De todos los lugares del mundo, este era sin duda el mejor para comprarme un rosario y probarlo. Había adquirido un librito sobre el rosario y cómo rezarlo. De repente, una noche, sentí un impulso muy fuerte de conseguir un rosario y empezar de inmediato. Mi madre se había ido a algún lado, y mi padre estaba leyendo solo en su habitación. Le dije que quería comprar un rosario. Se metió la mano en el bolsillo y sin levantar la vista me dio algo de dinero. Para mi propia sorpresa, le pedí que me acompañara a la tienda. Dijo que estaba cansado y que quería leer un rato. Además, la tienda estaba justo enfrente y todavía había luz. No había ningún motivo por el que no pudiera ir sola. Por alguna razón, la conversación se descontroló a partir de ahí. Dije muchas cosas muy inesperadas que después ni yo misma podía entender.

Primero dije que no sabía francés y que el hombre de la tienda no me entendería. Mi padre me miró sorprendido. Me recordó que llevaba un tiempo en clases de francés y lo hablaba mucho mejor que él. Entonces dije que no entendía el dinero francés y necesitaba ayuda. Mi padre dijo que podía preguntarle al hombre de la tienda. Estaba seguro de que no tendría ningún problema. Todo el mundo, dijo, estaba acostumbrado a la gente de Estados Unidos. Entonces le dije sin rodeos que no quería ir sola y deseaba que me acompañara. Para entonces ya estaba bastante exaltada. De repente, me entró un enojo tremendo y empecé a gritar de rabia.

Mi padre se limitó a mirarme. No estaba enojado. Tan solo no entendía nada. Dijo que me debía pasar algo, y pensó que lo mejor era que volviera a mi habitación para reponerme. Mi madre regresaría en unos minutos y él la enviaría para aclarar las cosas. Cuando giré para irme, me volvió a llamar porque había olvidado el dinero. Dijo que quizás todavía quisiera el rosario cuando me sintiera mejor. Agarré el dinero y salí corriendo. En mi habitación me senté en la cama. No lloré. Me quedé sentada y no sentía nada. Mamá llegó un poco más tarde. Dijo que mi padre le había dicho que algo parecía estar mal, pero solo sabía que yo quería comprar un rosario y que me había dado el dinero, después de lo cual yo había actuado de forma extraña.

No dije nada. Mi madre me dijo que yo no parecía mostrarme agradecida por el verano tan maravilloso que nos había dado mi padre y por ser tan amable con nosotras. Dije que no era verdad que él fuera amable con nosotras. Era horrible y siempre había sido horrible. Le dije a mi madre que ella había inventado aquello de que él era «diferente», y yo no iba a tratar de apreciarlo más. Era una tontería fingir que era maravilloso. A él no le importaba nadie y no tenía sentido decir que sí. Mi madre estaba muy sorprendida. Dijo que no me daba cuenta de las cosas terribles que estaba diciendo, y que debía ir a disculparme por hacer tanto alboroto cuando él era tan considerado. Dije que no lo haría. Hubo un silencio muy largo. Entonces mi madre me repitió que yo no me daba cuenta de lo que estaba diciendo, y esta vez supe que ella tenía razón. Empecé a llorar, y mamá me tomó en sus brazos y dijo muchas veces que la gente dice cosas malas que no quiere decir. Nos olvidaríamos de todo. Por supuesto que a papá le

importábamos. Todo había sido un error.

Lloré mucho más, y dije que me sentía enferma o algo así. Eso era. Estaba enferma y no sabía lo que decía. En ese momento me sentí mal de verdad, así que mi madre me llevó a la cama y me quedé allí hasta el día siguiente. Nadie volvió a mencionar el episodio. Por la mañana, mi padre se fue a algún lugar durante el día, y mi madre me acompañó a comprar el rosario. Hicimos que un sacerdote lo bendijera junto con una medallita de la Santísima Virgen que también compré. Nos quedamos en la gruta para la misa y para un hermoso servicio que hubo después. Era sábado, y había más flores, música y procesiones que de costumbre. La gente rezaba por todas partes. Todo era muy muy hermoso. Le pregunté a mi madre si alguna vez había sido católica, y me dijo que no. Pero se notaba que le atraía la idea.

Esa noche en mi habitación me quedé en la oscuridad con mi rosario en la mano y mi medalla alrededor del cuello, pensando en Dios y en la señorita Richardson y en la Santísima Virgen. De repente tuve una idea. Ese era un lugar maravilloso, y tal vez yo también obtendría un milagro si lo pidiera. Y entonces creería en Dios y me haría católica. Salí al balcón y miré hacia la roca. —Por favor, Dios —dije en voz alta—, no soy católica, pero si todo esto es verdad, ¿me mandas un milagro para que pueda creer en ti?

Ya había decidido cuál debía ser el milagro. Cerraría los ojos y diría tres avemarías. Si hubiera una estrella fugaz en el cielo cuando abriera mis ojos de nuevo, ese sería mi milagro. No esperaba encontrar el meteorito, pero aun así cerré los ojos y dije tres avemarías. Cuando abrí los ojos, el cielo estaba lleno de estrellas fugaces. Observé aturdida en silencio, y luego susurré: —Es mi milagro. Dios en serio lo envió. ¡Oh, mira, mira! Es mi milagro.

Me quedé inmóvil hasta que las estrellas se habían desvanecido y el cielo estaba oscuro de nuevo. Y entonces me acordé. Nuestro guía nos había dicho que en esta temporada habría lluvias de meteoritos en esta parte del mundo y que muy pronto llegarían con bastante frecuencia. No era ningún milagro. Nunca había visto una lluvia de meteoritos, y por eso no la había reconocido de inmediato. Quizás incluso había escogido un meteorito para mi milagro porque el guía me había hablado mucho de las lluvias esa misma tarde y había pensado en cuánto me gustaría ver una. Sería difícil de considerar eso como un milagro. Hay que ser muy cuidadoso, o te pueden engañar. Bueno, reconozco una lluvia de meteoritos cuando la veo. No puedo ser engañada con tanta facilidad. Entonces tuve otra idea. ¿No podría ser un milagro que yo pensara en pedir una estrella fugaz justo antes de que se produjera una lluvia de meteoritos? Después de todo, no tenía forma de saber que venía una en ese momento. Tal vez sí era un verdadero milagro. Pero no pude volver a convencerme. Sentía una profunda desconfianza hacia todo el asunto. Incluso me enojé un poco.

Tal vez, me dije a mí misma, el agua, las curaciones y las muletas fueran como la lluvia de meteoritos. La gente pensaba que eran milagros. Todo podría suceder así. Es muy fácil ser engañado. Estaba a punto de resolverlo de esa manera cuando surgió otro pensamiento que me hizo sentir muy incómoda. Le había dicho a Dios que si veía un meteorito cuando abriera los ojos, ese sería mi milagro. Pues sí, había visto un meteorito. Eso era un hecho. Si Dios existiera, tal vez no le gustaría como yo recibí su milagro. No estaba demostrando gratitud. Si Dios se había molestado en enviar un milagro justo para mí, no tomaría bien tanto escepticismo. Y si existía Dios, entonces también podría haber un infierno para la gente que no lo apreciaba.

Tuve que buscar una explicación para salir del atolladero, aunque me quedé algo inquieta. Me convencí de que, si Dios iba a tomarse la molestia de enviarme un milagro, con seguridad tendría

el sentido común de hacerme creer en él. Un milagro es algo en lo que tienes que creer. Y en realidad yo no creía en este, así que no podía ser un verdadero milagro. De todos modos, resolví que no tenía que decidirme de inmediato. Había mucho tiempo para eso. Lo pensaría todo después. Me estaba cansando mucho, así que entré y después de un rato me quedé dormida. Tuve algunos sueños inquietantes, pero no los recordaba cuando me desperté al día siguiente.

Alrededor de un año después del viaje, mi hermano se casó y nos mudamos a un apartamento más pequeño. Georgia, la criada, vino con nosotros. Ella y yo habíamos sido amigas durante algún tiempo, pero ahora sentíamos mucha más cercanía. Georgia era de Alabama y no tenía familia en Nueva York, así que ella y yo nos juntamos. Muy a menudo conversábamos sobre diferentes cosas, aunque no sobre la religión. Pero una vez que mencionó el tema, me interesé mucho en su religión y le pedí que me lo contara todo. Georgia era bautista. Su Iglesia creía oficialmente en el infierno, me dijo, pero me di cuenta de que su propio Dios personal era bastante amistoso y no iba asustando a la gente con fuego infernal y condenación. Parecía no molestar a sus hijos con demandas poco razonables, pero tampoco los defraudaba y lo arreglaba todo para que las cosas siempre salieran bien al final. Esto me pareció bastante bueno. Pero yo misma no estaba tan convencida de que todo fuera a resultar bien.

Georgia leía la Biblia todas las noches, y empecé a ir a su cuarto para que pudiéramos leerla juntas. Era una actividad agradable para antes de acostarse. Mi madre, al parecer, había dejado de ser teósofa, pero no hablaba conmigo de sus recientes aventuras religiosas y yo prefería no plantear el tema por mi cuenta. Todavía llevaba mi medalla de la Santísima Virgen, pero nunca había podido llegar a una conclusión definitiva sobre mi milagro. De vez en cuando lo recordaba, pero siempre evitaba llegar a una postura firme. Mientras tanto, Georgia y yo leíamos la Biblia por las noches.

Un domingo, me preguntó si quería ir a la iglesia con ella. Quedaba bien al norte de la ciudad, así que por el camino me contó todos los detalles. Yo estaba muy emocionada. Georgia dijo que Dios nos estaría esperando, y ella casi siempre tenía razón. Antes del servicio, me llevó delante de la iglesia y me presentó al ministro, quien me dijo: «Dios te bendiga». Entonces Georgia y yo nos sentamos juntas y esperamos al Señor.

La gente en la iglesia de Georgia cantaba canciones muy distintas a las que yo había escuchado antes. Las cantaban una y otra vez, comenzando suavemente y sonando cada vez más fuerte. Era tan hermoso que hacía llorar. Muchas personas lo hacían. Casi todos se ponían muy felices y comenzaban a aplaudir y a marcar el ritmo con los pies. Algunos hasta se paraban en las sillas o salían a los pasillos y empezaban a gritar. Yo podía ver que se sentían de maravilla, aunque no podía entender la mayoría de las palabras que gritaban. No estaba segura de que estuvieran hablando inglés. Era obvio, sin embargo, que tenían buena amistad con Dios y estaban muy acostumbrados a hablarle con un estilo abierto y directo. Al principio todo eso me sorprendió bastante. Siempre me había dirigido a Dios de manera formal, con respeto e incluso deferencia, pero no con intimidad. Al principio no sabía qué hacer con respecto a un enfoque tan diferente, e incluso pensé que podía ser un error. Pero pronto mis pies también comenzaron a moverse con la música. Un poco después ya estaba aplaudiendo y terminé cantando en voz alta como todo el mundo.

Georgia se balanceaba de un lado a otro con los ojos cerrados, pero de vez en cuando miraba hacia mí y sonreía. Me sentía feliz y como en casa. Entonces el ministro nos dio una charla mara-

villosa. Nos habló de Dios, del cielo y de la salvación. Dijo que este mundo no era el lugar al que en realidad pertenecíamos, y que nos esperaban cosas maravillosas. Algún día, dijo, todos estaremos con el Señor para siempre. Todo lo que necesitábamos era fe. La fe era el don de Dios, y le sería dada a todo aquel que la pidiera. Después del sermón hubo una «colecta de consagración», que Georgia me explicó. Si querías algo especial, consagrabas tres monedas de diez centavos a Dios y le pedías fe. Después de eso, cantamos un poco más, y luego todos salieron a la puerta para darle la mano al ministro. Cuando llegó mi turno, me preguntó cuánto me había gustado el servicio y le respondí que había sido maravilloso. Me dijo que debería volver y me dio una palmadita en el hombro.

Ahora que había sido especialmente invitada, iba a la iglesia con Georgia lo más a menudo posible, y consagraba mis tres monedas de diez centavos para la fe. En la iglesia rezaba y cantaba con todos los demás, pero afuera, cuando intentaba hablar con Dios, nunca estaba muy segura de que alguien estuviera allí para escuchar. Algo faltaba. Y por fin un día descubrí lo que era. Georgia me llevó un domingo a un servicio de bautismo. Junto a una piscina de mármol ubicada al frente de la iglesia, personas con largas túnicas blancas estaban de pie. El ministro, que ahora era un gran amigo mío, estaba en la piscina y con cuidado sumergía a cada uno de los presentes en el agua. Después salían de la piscina por el otro lado y se unían a las filas de los redimidos. Yo estaba muy impresionada. Antes de la ceremonia, el ministro había dicho: «Los que hoy habrán de ser bautizados han venido a cumplir los deseos del Señor. Él nos ha dicho que debemos ser bautizados para ser salvados. Si no son bautizados no podrán ser puros de corazón, y si no son puros de corazón no podrán ver a Dios». Eso era, me dije a mí misma. Hay que estar bautizado antes de poder ver a Dios. Yo no había sido bautizada. Eso era lo que faltaba.

Esa noche hablé con Georgia acerca del bautismo. Ella había sido bautizada en el sur y dijo que fue la experiencia más maravillosa de su vida. Dijo que cuando te bautizas, el Espíritu del Señor descende sobre ti y obra un milagro en tu corazón, y a continuación se comparte una gran celebración. El bautismo te hace un verdadero hijo de Dios. Después de todo, la Biblia dice que debes ser bautizado. Georgia tomó la Biblia y me mostró el pasaje. Eso era lo que decía, de acuerdo. No había duda de ello. Le dije a Georgia que quería ser bautizada lo antes posible, y me sugirió que hablara con su ministro al respecto. Fue muy agradable. Estuvo de acuerdo con que yo me bautizara, pero al parecer había un imprevisto. Cuando un ministro te bautiza, se espera que te unas a su iglesia. Como hijo de Dios te conviertes en un miembro del hogar de Dios. El ministro, por supuesto, me bautizaría si yo así lo quería, pero pensaba que tal vez sería mejor si yo fuera bautizada en una iglesia que estuviera, bueno... Dudó un poco, y luego dijo que más cerca de mi casa. Quizá debería irme a casa y pensarlo.

Fui a casa y lo pensé. No me había dado cuenta de que unirme a la iglesia era parte de ser bautizada y sentía que, como mínimo, primero se debía creer en Dios antes de dar un gran paso como ese. Intenté con el ministro de una iglesia bautista cerca de donde yo vivía, pero dijo casi lo mismo. Él estaría feliz de bautizarme y aceptarme como miembro de la iglesia. Esas parecían ser las reglas. Por fin encontré a un ministro que celebraba servicios especiales en una especie de gran casa de reuniones, y también tenía allí servicios especiales de bautismo una vez al mes. Georgia y yo fuimos a una de sus reuniones, y ella me explicó que él era un evangelista del Señor, y tenía una misión especial convirtiendo gente. Después del servicio, que fue muy emocionante, subí y le pregunté al ministro acerca de ser bautizada allí. Me preguntó todo sobre mí y mi religión, y también sobre mis padres y la de ellos. Dijo que me bautizaría, pero pensó que primero yo debía preguntarles a mis padres. Ser bautizado, dijo, era un paso muy serio. Significaba adoptar una

posición definitiva sobre Dios, y él pensaba que mis padres podrían tener fuertes convicciones sobre el asunto. Dije que no pensaba que les importara, pero él dijo que nunca se puede saber. Él no se negaría a bautizarme incluso si a ellos no les gustaba la idea, pero al menos yo debía decírselo. Él sentía que especialmente mi padre, siendo judío, podía no tomarse muy bien mi bautismo. Yo hablaría con mis padres y luego volvería a verlo.



Helen a los 16 años

No esperaba que mi madre se opusiera, y no lo hizo. Le gustó la idea y prometió comprarme un libro de bolsillo que yo deseaba como regalo especial. Estaba mucho más preocupada por mi padre. Era difícil imaginar cómo se sentía respecto a cualquier cosa. Tal vez el ministro tenía razón. Tal vez mi padre tuviera convicciones firmes sobre el bautismo. Incluso podría enfadarse mucho. Con él nunca se sabía. Dudé bastante antes de preguntarle y, cuando me decidí a hablar con él, me costó mucho empezar. Después de mecarme con incomodidad de un pie a otro, por fin me atreví.

—Padre, he decidido bautizarme —dije de golpe—. ¿Cómo te sientes al respecto? Papá dijo que pensaba que debía bautizarme si eso era lo que yo quería. Esperé a que dijera algo más, pero estaba claro que no vio la necesidad de hacerlo. Sin embargo, yo sentía que había más cosas que decir.

—¿De verdad no te importa, papá? —pregunté, con algo de ansiedad—. Quiero decir, ¿no estás enfadado ni nada?

—¿Yo? —respondió mi padre, con sorpresa—. ¿Por qué debería estar enfadado? Todavía no estaba satisfecha. De alguna forma no me parecía bien que todo me resultara tan fácil. —¿Seguro que de verdad no te importa? —pregunté.

Mi padre me aseguró con firmeza que no le importaba. Supongo que debería haberme sentido complacida. Había conseguido lo que quería, y no podía entender por qué me sentía tan infeliz. Sin lugar a dudas, mi padre no tenía nada más que decir y me fui de inmediato porque no quería que notara que tenía lágrimas en los ojos. Al día siguiente volví y le dije al ministro que mis padres no se oponían a mi bautismo. Había una ceremonia de bautismo programada para el domingo siguiente, y yo estaría incluida. Me dijo que mientras tanto rezara, y le respondí que rezaría lo mejor que pudiera. El ministro dijo que eso era todo lo que se necesitaba.

Georgia vino a mi bautismo como mi testigo y mi amiga. Me ayudó a prepararme y a ponerme la bata blanca. Ella estaba muy emocionada, y no dejaba de decirme que iba a tener la experiencia más maravillosa de mi vida. Esperaba que tuviera razón. Después de la ceremonia me vestí y fui al despacho del ministro para obtener mi certificado bautismal, mientras Georgia guardaba mis cosas mojadas en una bolsa que habíamos traído. El ministro quería asegurarse de escribir el nombre, así que me pidió que se lo deletreara. Mi nombre de pila salió bien, pero cuando llegué a mi apellido hice algo muy peculiar. Me sorprendí mucho al hacerlo, y después me sentí demasiado avergonzada como para corregirlo. En lugar de darle el apellido de mi padre, le di como mío el nombre de soltera de mi madre. Me puse roja como un tomate, pero ya estaba hecho y lo dejé pasar. El ministro completó el certificado y me lo entregó. Lo escondí en mi bolso y corrí hacia Georgia. Me alegré de que no me hubiera oído cometer ese terrible error.

De camino a casa, Georgia dijo que pensaba que debíamos hacer algún tipo de celebración, así

que me invitó un helado y una tarta, y luego me compró una caja de dulces. Disfruté la celebración, pero cuando llegamos a casa comencé a sentirme bastante desanimada. En realidad, no era diferente ahora que había sido bautizada, pero seguí yendo a la iglesia con Georgia un tiempo más, por si acaso. Luego comencé a ir solo de vez en cuando y, después de un tiempo, solo enviaba mis tres monedas de diez centavos para que Georgia las consagrara por mí. No servía de nada. No tenía fe. Georgia dijo que quizás fuera obra del diablo, y sugirió que, de todos modos, rezara. También prometió rezar por mí. Ella estaba segura de que Dios no me abandonaría ahora que yo había sido bautizada como correspondía. Yo apreciaba mucho a Georgia. Había sido amable conmigo. Le agradecí sus oraciones y lo dejé así.

Poco después me topé con otros problemas. Había sido gorda durante mucho tiempo, pero no me molestó demasiado hasta que los niños comenzaron a ser importantes. En las fiestas, los chicos se burlaban de mí por ser gorda, y no me invitaban a bailar ni me llamaban por teléfono para salir. Me sentía muy miserable y hacía lo que siempre solía hacer cuando me sentía así. Comía. Cuanto más comía, más gorda estaba. Comencé a rechazar todas las invitaciones, después de la escuela volvía directo a casa, y allí me quedaba. No había encontrado a Dios, y empezaba a parecer que tampoco era muy querida en la tierra.

Mi madre se dio cuenta de que tenía problemas y realmente trató de ayudarme. Ella había encontrado a una practicante de la Ciencia Cristiana que, según ella, le había mostrado la luz. Después de todo, no tenía nada que perder y hasta podría salir ganando un poco. Mi madre me dio, para leer primero, un libro sobre la Ciencia Cristiana. Por desgracia, no me causó mucha impresión ni en un sentido ni en otro, y fui a ver a la practicante más en un espíritu de esperanza que de fe. La practicante me dio muchos argumentos con la simplicidad que nace de la repetición frecuente, pero no podía evitar pensar que, con su forma de argumentar, se podía demostrar casi cualquier cosa. Pronto me di cuenta de que me enfrentaba al mismo problema de siempre. Primero tienes que creer y luego encontrar las pruebas de lo que crees. No tenía sentido volver a pasar por todo eso otra vez.

Pero el mundo seguía conmigo y tenía que encontrar una manera de enfrentarlo. Decidí retirarme de la vida social y convertirme en una «intelectual». Ahora rechazaba las invitaciones porque prefería quedarme en casa y leer, y no me importaba cuando las invitaciones no llegaban porque tenía algo mejor que hacer. Con el tiempo, dejé de comer en exceso y adelgacé, pero ya tenía la idea de que el mundo era un lugar incierto y traicionero, y no estaba ansiosa de volver a él. En realidad, no sabía mucho sobre el mundo. Me había perdido las primeras etapas de fiestas y citas, y no estaba al tanto de las obras de teatro y películas populares. No entendía de qué hablaban los chicos y chicas de mi edad y, a medida que pasaba el tiempo, me resultaba cada vez más difícil comunicarme con ellos. Seguí siendo una «intelectual». En realidad, no tenía mucha elección.

Universidad y matrimonio

Para cuando ingresé a la universidad en 1931, mi papel de intelectual era mi principal fuente de consuelo y protección. Me especialicé en inglés, y le dije a mi madre que tenía la intención de convertirme en profesora de inglés, como ella lo había sido. Mi madre estaba encantada con esta idea, y en realidad yo también. Parecía un pensamiento reconfortante. Sin embargo, esta no era mi verdadera intención. No tenía ninguna duda de que algún día sería una gran escritora, tal vez una novelista de fama internacional. Viviría sola y escribiría. Yo sería diferente de los demás,

pero sin duda superior. En vista de mi meta secreta, la enorme dificultad que tenía para escribir cualquier cosa me resultaba muy frustrante. Además, era tan sensible con respecto a mi escritura que, incluso cuando lograba plasmar algo en el papel, era muy probable que lo escondiera y me negara a entregarlo. Era difícil ignorar que eso no encajaba con la carrera que imaginaba para mí. De alguna manera, logré integrar esto en mi papel tanto de intelectual como de futura gran escritora, aunque nunca me sentí del todo cómoda al respecto. Como intelectual, era hipercrítica, y como futura escritora, era ultrasensible. Algún día estos atributos contribuirían a mi grandeza, aunque por el momento eran difíciles de sobrellevar.

Mientras tanto, leía mucha filosofía y literatura, y con todo gusto me interesé por los sistemas de pensamiento y las leyes del razonamiento, en particular por la lógica. Y al asunto de vivir le presté la menor atención posible. En mi segundo año de universidad conocí a Louis, un chico que trabajaba en la biblioteca. También era un «intelectual», y empezamos hablando de libros. Luego ampliamos nuestras conversaciones a la filosofía, que también le interesaba. No había salido mucho con chicas, y se alegró de poder hablar con alguien que no lo hacía sentirse incómodo. Comenzamos a vernos todos los días para almorzar, y luego también todas las noches. Unos meses después de conocernos, me pidió que me casara con él. Era la única propuesta que yo había recibido. Y también era la única que él había hecho. Conversé esta idea con mis padres, o al menos con mi madre. Mi padre dijo que apenas conocía al joven y que, al respecto, no podía tener una opinión fundada. Mi madre, aunque un poco dubitativa porque el joven era judío, estaba también muy entusiasmada con el matrimonio. Ella me preguntó si estaba segura de que él era el indicado, y yo le dije que sí, sin saber bien qué más decir. Entonces mi madre me besó y comenzó a organizar una fiesta. Y así, al parecer, estaba comprometida. Me casé unos meses después, en 1933. Mi esposo no era religioso y, en gran parte para complacer a sus padres, organizamos una pequeña ceremonia en la oficina de un rabino reformista.



Helen y su marido, Louis

El domingo antes de la boda, Georgia hizo una consagración especial para nosotros, y esa vez lo aprecié de corazón. Me sentía bastante inquieta con todo el asunto. Por la tarde, antes de la ceremonia, salí a dar un paseo reflexivo y, entre una cosa y otra, me detuve en una iglesia católica. No recé nada, pero encendí dos velas, una para mi futuro esposo y otra para mí. Me pareció una buena idea. Al día siguiente, mi padre nos llevó en coche al templo. Estaba demasiado nerviosa por la ceremonia como para querer algo elaborado, así que le pedí al rabino que la hiciera lo más breve posible. Terminó en menos de diez minutos, y no tengo ni idea de lo que dijo. Mi esposo y yo nos sorprendimos un poco al darnos cuenta de que ya estábamos casados. Después de la ceremonia, cada uno regresó a la casa de sus padres para estudiar. Nos habíamos casado a finales de mayo, en plena semana de exámenes finales.

Al principio, estar casada no cambió mucho mi vida. Todavía me quedaban dos años de universidad, que quería terminar. Mi esposo se graduó en el mismo año en que nos casamos y decidió dedicarse al negocio de los libros. No teníamos de qué vivir mientras él empezaba, así que se mudó con nosotros por un tiempo. El apartamento era grande y había mucho espacio. Además, yo no me sentía casada de verdad y estaba muy contenta con el arreglo. Mi esposo estaba ocupado con el negocio de los libros, y yo con la universidad. Supongo que habría querido continuar así de forma indefinida, en particular porque a mi esposo no le resultaba difícil. La casa seguía

funcionando sin problemas, las comidas se servían a su hora y él y mi padre jugaban al ajedrez por las noches. Sin embargo, después de mi graduación en 1935, de pronto nos vimos obligados a buscar un lugar propio. Mi madre se enfermó de gravedad y el médico sugirió liberarla de todas las presiones domésticas. Mis padres se mudaron a un pequeño apartamento en un hotel que proporcionaba servicio completo, y mi esposo y yo nos mudamos a un pequeño lugar propio cerca de allí.

Mis padres ya no tenían ninguna necesidad de Georgia, pero había estado con nosotros tanto tiempo que era casi un miembro de la familia. Además, la decisión de dejar el apartamento había sido muy repentina y no hubo tiempo para que Georgia pudiera buscar otro lugar. Los tiempos también eran difíciles, y pocas familias podían permitirse tener criada en esos años. Georgia nunca había trabajado para otra familia desde que llegó al norte desde Alabama siendo una niña, y mis padres sentían una verdadera obligación hacia ella. Llegaron a un arreglo muy generoso para ella, y también para mí. Mi esposo y yo apenas podíamos permitirnos una criada, pero mis padres accedieron a seguir pagando el salario de Georgia y que ella viniera a trabajar para nosotros. Agradecí esta decisión y no solo porque no sabía cocinar. Georgia era una amiga muy antigua y era agradable tenerla cerca.

La librería de mi esposo quedaba muy lejos de nuestro apartamento y, cuando decidimos que yo también trabajaría allí, era obvio que mudarnos cerca era lo más sensato. Encontramos un apartamento a unas pocas cuadras de la librería, pero no me gustaba para nada. Estaba muy lejos de donde vivían mis padres, y no podía superar la sensación de que no pertenecía a ese lugar. También comencé a ayudar a mi esposo en la librería, y eso tampoco me gustó. Traté de pensar que era «nuestra» tienda, pero nunca logré sentirlo del todo. Alrededor de un año después enfermé de gravedad, y el médico me dijo que necesitaría una operación, lo que me aterrorizó. Tenía pesadillas en las que me sujetaban a una camilla y me colocaban una máscara negra en el rostro. Me despertaba gritando casi todas las noches. Aguanté aterrada varios meses, durante los cuales enfermaba más y más. Al fin, volví a hablar con el médico. Me aseguró que la cirugía no era nada grave y que yo no me enteraría de nada hasta que todo hubiera terminado. También estaba bastante seguro de que en el transcurso de la semana ya tendría el alta. Estaba demasiado enferma para seguir posponiéndolo, así que arreglé todo para ingresar al hospital al día siguiente.

Esa noche me senté a solas y traté de organizarme. Sería mucho más fácil, pensé, si creyera que Dios iba a cuidar de mí. Después de todo, supuse, era posible que sí existiera. También era cierto que, de un modo u otro, el hecho de que yo no creyera en Él no tenía nada que ver con su existencia. En cualquier caso, no podía haber ningún daño en intentar un acuerdo razonable. Yo pondría la operación en las manos de Dios en caso de que existiera y, si las cosas salían bien, podría incluso volver a creer en Él. No había nada que perder con intentarlo. Recité el Padrenuestro, puse mi operación en las manos de Dios, y al día siguiente fui al hospital con mi medalla de la Santísima Virgen alrededor del cuello.

Tal como sucedieron las cosas, todo salió mal. Estuve inconsciente durante mucho tiempo y salí del hospital más de cuatro meses después. Una de las enfermeras que me cuidaba era católica y muy religiosa. Ella pensó que yo también lo era al ver la medalla que llevaba puesta. Cuando recuperé la conciencia, me dijo que había estado rezando por mí todos los días y había ofrecido una misa de acción de gracias. Dios había sido muy bueno conmigo, me dijo, y era un verdadero milagro que hubiera salido adelante. Yo no lo veía igual. Estaba muy enfadada por todo el asunto, y seguí estándolo durante años. Pensé que, si esa era la idea de Dios para hacer que las cosas

salieran bien, ciertamente tenía un desagradable sentido del humor. La enfermera no aprobaba mi actitud y, con cierta severidad, dijo que aun así seguiría rezando por mí. Dios me haría ver las cosas como es debido. Ella no creía que yo apreciara todo lo que Él había hecho por mí.

Aquel último comentario tenía un cierto tono familiar que me hizo enfadar aún más. Le dije a la enfermera que, por supuesto, no podía impedirle rezar, pero que le agradecería que no le pidiera a Dios otro milagro hasta que al menos yo estuviera lo bastante fuerte para afrontar este. Añadí que, considerándolo todo, había tenido bastante suerte de haber sobrevivido. De hecho, estaba muy dispuesta a esperar mucho tiempo antes del próximo, y le sugerí que le dijera a Dios que no había ninguna prisa. La enfermera respondió que era evidente que yo necesitaba muchas oraciones, sin importar cómo me sintiera al respecto, y que seguiría tratando de ayudarme a pesar de mi falta de aprecio por el milagro que Dios me había concedido. No me sentía en absoluto agradecida por su ayuda constante y se lo dije. Lo que en realidad necesitaba era sentirme mejor y salir del hospital, y no me parecía que las oraciones fueran a ayudar en eso.

Durante los largos días que pasé en el hospital apenas podía esperar a salir, pero cuando al cabo me fui a casa, no estaba nada entusiasmada. Hasta que enfermé, siempre había tenido la vaga idea de que no me pasaría nada malo. Ahora sentía que solo era probable que ocurrieran cosas malas, y el desastre real parecía inevitable. Caminaba de puntillas, esperando a que el hacha cayera. No estaba dispuesta a arriesgarme con nadie ni con nada. Estaba convencida de que yo no importaba gran cosa a nadie, una creencia que ni mi esposo ni Georgia podían alterar. Me sentía abandonada por la tierra y por el cielo. Estuve enferma durante mucho tiempo, pero al final me vi obligada a reconocer que estaba mejor físicamente y tuve que desistir de mi moratoria por invalidez, una decisión que el médico consideraba que había retrasado demasiado. Sin embargo, esa decisión me dejó en una situación muy difícil. Estar enferma me había dado una especie de vacaciones de mis problemas, pero los problemas seguían ahí y estar tan enfadada no me ayudaba a resolverlos.

Pasaron años antes de que por fin me diera cuenta de que existía la posibilidad de que hubiera estado mirando las cosas de forma equivocada. Tardé más de veinte años en sospechar siquiera esa posibilidad. Habiendo aceptado este hecho, comencé a repasar mi vida hasta este momento, y entre otras cosas revisé mi larga y errática búsqueda de Dios. Estaba claro que no había llegado a ninguna parte con eso. Admití que la culpa pudo haber sido mía. Tal vez, como la enfermera había dicho en el hospital, no apreciaba todo lo que Dios había hecho por mí. Recordé que antes de eso había tenido problemas para aceptar otro milagro. Sin embargo, pensaba que la gente solo puede poner en marcha sus proyectos lo mejor posible y, en mi sentir, yo lo había intentado. No tenía sentido especular sobre cómo habría resultado la búsqueda si la hubiera hecho de otra manera. Si Dios existe, cosa que yo dudaba mucho, algún día Él mismo podría plantear la cuestión de la religión. Y si no existe, entonces así son las cosas. Para mí, la búsqueda había terminado.

No obstante, de mi período de reconsideración surgieron algunas conclusiones más positivas. Aunque era cierto que no había encontrado el paraíso, comprendí que aun así tenía un hogar. De hecho, en ese mismo momento estaba sentada en mi hogar. Solo ocurría que, de algún modo, no me había dado cuenta. Además, no vivía sola, mi marido vivía allí conmigo. Por fin estaba pensando en él. Decidí que podría ser muy amable. Él no era Dios, por supuesto, pero, considerando todas las cosas, probablemente eso también estaba bien. Y parecía el tipo de persona con la que se podría entablar una relación razonablemente buena. Tomaría un tiempo, por supuesto, y podría ser difícil a veces, pero más me valía empezar. Ahora llevamos casados mucho tiempo, y en general nos gusta.

Cuando me alejé de buscar el cielo, vi que ya era hora de empezar a buscar una buena forma de pasar el resto de mi vida en la tierra. Esto, reconocí, podría ser difícil, ya que sabía muy poco del mundo. Pero, de nuevo, era mejor que empezara ya. Georgia se ocupaba de nuestras tareas domésticas, y no teníamos hijos que ocuparan mi tiempo. Al principio intenté de nuevo con el negocio de los libros. Mi esposo es un bibliófilo de primera clase, que había pasado gran parte de sus primeros años escolares faltando a clases y leyendo con entusiasmo en la biblioteca pública. Había reunido una excelente colección, y aún estaba más interesado en comprar y leer libros que en venderlos. Sin embargo, logramos salir adelante y las finanzas no fueron un problema demasiado serio. En general, mi padre estaba dispuesto a ayudarnos cuando de verdad necesitábamos algo. Pero mientras que el negocio del libro era, sin duda, el lugar correcto para mi marido, estaba claro que era incorrecto para mí. Empecé a ir cada vez con menos frecuencia, y cuando iba por lo general me peleaba con mi esposo. Al parecer no nos llevábamos bien en los negocios. Empecé a sentirme atrapada en una mala situación, sin una idea clara de cómo salir de ella.

Por un tiempo comenzó a parecer que mi búsqueda terrenal podría resultar tan ineficaz como mi búsqueda del cielo. Sin embargo, a pesar de mi creciente depresión, tuve que reconocer que gozaba de una libertad única para hacer lo que quisiera. Mi esposo me dio apoyo activo y aliento en la planificación de una carrera independiente, y mi padre no puso objeciones a pagar cualquier gasto que pudiera conllevar. El problema era que, al parecer, no podía tomar una decisión sobre lo que quería hacer. Era obvio que no iba a ser la gran escritora que una vez había imaginado. Sin embargo, seguí contemplando varias otras carreras profesionales en gran parte al nivel de la fantasía, sin considerar con seriedad la necesidad de emprender una formación realista. Llevaba un tiempo fuera de la universidad y tenía miedo de volver a la facultad. La verdad es que me asustaba mucho el fracaso.

Mi marido demostró una paciencia ejemplar durante nuestras largas y frecuentes conversaciones sobre mi posible carrera, pero yo estaba tan insegura que tardé años en tomar una decisión. Incluso después de haber decidido más o menos hacerme psicóloga, durante mucho tiempo mis esfuerzos se limitaron a interminables debates con él, a escribir pidiendo catálogos de cursos y a hablar de las posibilidades con los asesores universitarios. En realidad, no sabía de qué iba la psicología. Solo tenía una vaga idea de que tenía algunas de las respuestas que necesitaba. Finalmente me decidí a superar mis miedos y entrar en la escuela de posgrado, pero a costa de perder por un tiempo cierta perspectiva del proyecto. Volví a la universidad en 1952 con el impulso casi feroz de obtener las mejores notas. Habiendo fracasado en la búsqueda del cielo, estaba decidida, con cierta tristeza, a triunfar en la tierra.

Mi madre murió mientras estaba considerando las posibilidades de afiliarse a la iglesia de la Unidad (Unity), por lo que no tuvo tiempo de llegar a ninguna conclusión. Recuerdo las palabras en su funeral: «... y Dios Todopoderoso se ha complacido en llamar a su hija al descanso eterno...». Espero que haya sido así para mi madre. Después de todo, eso sería justo. Mi padre murió unos años después. Mi hermano y yo nunca llegamos a conocernos bien, pero hablamos bastante después del funeral de mi padre. Para mi sorpresa, me preguntó qué clase de persona creía que era mi padre. Le dije que él había estado en el negocio con mi padre durante varios años y lo había visto todos los días. Sin duda estaría en mejor posición que yo para conocerlo.

—Sabes, es curioso —respondió mi hermano, después de un silencio bastante largo—, nunca descubrí mucho sobre él. Pensé que tal vez tú sabrías.

Me limité a negar con la cabeza. Ambos permanecimos en silencio durante un tiempo, y luego estuvimos de acuerdo en que ya no importaba. En cuanto a mí, no era el primer problema que dejaba sin resolver, y tal vez no sería el último. Estaba dispuesta a dejarlo pasar.

De los dioses antiguos solo queda Georgia. Ella misma es una especie de milagro. Tiene el cabello blanco, pero por lo demás ha cambiado muy poco. No tengo ni idea de su edad, y ella dejó de contar los años hace mucho tiempo. Sigue yendo a la iglesia regularmente, y reza una oración por mí todos los días. Todavía insiste en que el Señor se revelará a mí, y yo siempre sonrío, pero no contesto. De hecho, no tengo nada que decir. Sin embargo, me gusta pensar en Georgia rezando por mí, y saco mi medalla de la Santísima Virgen y la miro de vez en cuando. De algún modo, detestaría perderla. Aparte de eso, ya no pienso en la religión con mucha frecuencia.

PARTE II

Resultó que el tema de la religión no estaba cerrado, y se volvió a plantear de la manera más inesperada. En realidad, el primer episodio de una larga y sorprendente serie de acontecimientos tuvo lugar en un momento muy improbable. Había pasado del agnosticismo al ateísmo enfadado, habiendo llegado a un punto en el que la mera mención de la religión me irritaba. Estaba bien equipada con armas «científicas», preparada y hasta deseosa de luchar contra cualquier idea que tuviera el más leve matiz religioso. También estaba enfadada con la gente. Parecían haber desarrollado una tendencia a la explotación y una falta de consideración en un grado que no había sospechado anteriormente. Me sentía cada vez más despojada, poco valorada y resentida, y no tenía ni idea de que estaba bastante deprimida y ansiosa. Creía con firmeza que por fin había superado la superstición y estaba mirando las cosas con realismo.

Una fría tarde de invierno de 1958, mi esposo y yo fuimos a visitar a unos amigos que vivían a cierta distancia. Odiaba el transporte público y lo evitaba siempre que podía. Tomé taxis en secreto durante años antes de casarme, pero solía bajarme unas cuadras antes de llegar a nuestro edificio porque mi padre desaprobaba con tenacidad su uso, excepto en emergencias. Ya no veía necesidad de tales disimulos. Quería tomar un taxi esa noche, sobre todo porque empezaba a nevar. Mi esposo me recordó, para mi gran disgusto, que el viaje era largo y el metro solo quedaba a una cuadra. Sin expresar más objeciones, marché enfadada al metro, con la sombría decisión de sufrir. Justo cuando llegamos a la plataforma, un tren se estaba alejando y tuvimos que esperar unos veinte minutos al siguiente. Me enfurecí más a medida que pasaban los minutos. Cuando finalmente llegó el siguiente tren, estaba lleno, y tuvimos que permanecer de pie durante bastante tiempo antes de sentarnos sobre un radiador muy caliente. En cada estación, cuando las puertas se abrían, soplaban un vendaval helado.

Estaba cada vez más convencida de que iba a contraer neumonía, acaso en ambos pulmones. Un peligro adicional era que la gente tosía y estornudaba a nuestro alrededor, y casi podía ver los gérmenes al ataque. Me convencí de que la falta de consideración de mi marido podría tener un desenlace fatal. Que estuviera tranquilo y absorto en su periódico tampoco ayudaba en nada. Además de ser peligrosa, la situación me parecía por completo repugnante. El tren olía a ajo y cacahuets, y la gente parecía andrajosa y sucia. Al otro lado del pasillo, un niño con las manos manchadas de chocolate le dio una palmadita en la cara a su madre y le dejó huellas sucias en la mejilla. Junto a ella, otra madre se limpiaba el abrigo donde su bebé había vomitado. Un niño sentado algunos asientos más atrás recogió un chicle del suelo y se lo llevó a la boca. En el extremo lejano del tren, un grupo de ancianos discutían con vehemencia mientras sudaban a mares.

Cerré los ojos asqueada, sintiéndome mal del estómago.

Y entonces ocurrió algo asombroso. Fue como si una luz cegadora resplandeciera detrás de mis ojos, inundando mi mente por completo. Sin abrir los ojos, me pareció ver mi propia figura caminando directo hacia la luz, como si supiera con precisión lo que estaba haciendo. De hecho, era como si la situación le fuera del todo familiar. Por un momento, se detuvo y se arrodilló, tocando el suelo con los codos, las muñecas y la frente en lo que parecía una expresión oriental de profunda reverencia. Entonces se levantó, caminó hacia un lado y se arrodilló de nuevo, esta vez como apoyando la cabeza sobre una rodilla gigante. El contorno de un enorme brazo parecía rodearla y desapareció. La luz se tornó aún más brillante, y sentí el amor más indescriptible e intenso fluyendo hacia mí. Era tan poderoso que, de hecho, me quedé sin aliento y abrí los ojos.

Vi la luz un instante más, durante el cual amé a todos los que estaban en el tren con esa misma increíble intensidad. Entonces la luz se desvaneció y volvió la vieja imagen de suciedad y fealdad. El contraste fue verdaderamente impactante. Me llevó varios minutos recuperar una apariencia de compostura. Entonces busqué con incertidumbre la mano de mi marido.

—No sé cómo explicar esto —dije con voz temblorosa—, y me resulta muy difícil describirlo. Pero, bueno... —dudé un momento, y luego continué sin aliento—, vi una gran luz y de ella salían oleadas de amor, y cuando abrí los ojos amaba a todos. Ahora todo se ha ido, y no entiendo qué ha pasado.

Mi esposo, ávido lector durante años, había hojeado material sobre el misticismo alguna que otra vez, encontrando el tema de algún interés, aunque apenas digno de investigación científica. No parecía sorprendido, y sin más me dio unas palmaditas en el hombro para aliviarme.

—No te preocupes —dijo tranquilizador, recogiendo su periódico—. Es una experiencia mística muy común. No pienses más en eso.

Intenté seguir su consejo y lo conseguí parcialmente. El episodio no encajaba en mi vida consciente, a la que no le afectó durante mucho tiempo. Sin embargo, la experiencia quedó suspendida en un pequeño rincón de mi mente, aunque no pensé en ella durante años. Pasó todavía más tiempo antes de que me ocurriera algo de similar naturaleza. Mientras tanto, continué mis estudios con un ateísmo inamovible.

Una nueva profesión y Bill Thetford

Tuve suerte como estudiante y más adelante como psicóloga principiante. Aparecieron oportunidades de todo tipo sin buscarlas. Justo después de la graduación, la universidad me propuso para una beca basada en mi tesis doctoral, que fue aprobada. El proyecto salió bien, y el jefe del departamento me ofreció una tarea docente y me sugirió que presentara propuestas adicionales. Esta vez mi suerte parecía cambiar. Tenía visiones de dirigir un departamento de investigación grande y en desarrollo, y tenía muchas ganas de que las propuestas fueran aprobadas. El día en que se iban a considerar, yo estaba fuera de mí y salí a caminar porque no era capaz de quedarme quieta. Para mi sorpresa, me encontré en una iglesia católica y, para una sorpresa aún mayor, encendí una vela y dije una oración. Quizás me sentía dispuesta a darle otra oportunidad a Dios. Sin embargo, no estaba dispuesta a darle ninguna opción en cuanto al resultado. Quería que esas propuestas se financiaran y eso era todo. Antes de que terminara de hacer mi petición, sabía cuál sería el resultado. El departamento en el que estaba era el lugar equivocado para mí, y no debía quedarme allí. Esto era del todo inaceptable para mí, y salí de la iglesia enfadada. Esa noche

supe que las propuestas habían sido rechazadas. Era el año 1958.

Después de eso no hice nada durante varias semanas y me deprimí cada vez más. Me sentía desdichada sin empleo, pero no hice nada por encontrarlo. En realidad, había hecho excelentes contactos y tal vez solo necesitara llamar a uno o dos amigos. Por fin reconocí la sinrazón de mi posición y me puse a hacer llamadas. Había estado trabajando en un área muy especializada en la que se necesitaba mucha gente con formación y experiencia. La primera persona a la que llamé me dio, sin demora, una lista de pistas prometedoras. Estaba a punto de contactar con el primer nombre que mi amigo me había sugerido, cuando él me devolvió la llamada.



Edificio de Investigación Médica William Black en el Hospital Presbiteriano de Columbia: El edificio donde Helen y Bill escribieron Un Curso de Milagros. "Porque del Altísimo viene la sanidad..." Eclesiastés 38:2

—Olvídate de la lista que te di —dijo enfáticamente—. ¿Conoces a Bill Thetford?

—Nunca he oído hablar de él —contesté.

—Llámalo ahora mismo —continuó mi amigo—. Es el director del programa de psicología del Hospital Presbiteriano. Aquí está su número. Y cuando hables con él, asegúrate de mencionarle que yo dije que eres la persona que él está buscando.

No quería trabajar en un entorno médico, y lo poco que mi amigo me había dicho sobre el trabajo no era muy atractivo. Sin embargo, en vista de su sensación de urgencia, hice que el doctor Thetford fuera mi llamada número uno. Cuando entré en su oficina unos días después, hice el primero de una serie de comentarios silenciosos que yo misma no entendía. «Y allí está él», me dije a mí misma. «Es a él a quien debo ayudar».

Después de que Bill y yo nos conociéramos mucho mejor, hice una observación bastante similar. Fue otro de esos momentos extraños, sin aparente relación, que de alguna manera irrumpían en mi conciencia sin ninguna conexión con el curso de mi vida. Durante un breve intervalo parecí estar en otra parte, diciendo, como si respondiera a una llamada silenciosa pero urgente: «Por supuesto que iré, Padre. Está atascado y necesita ayuda. ¡Además, será por tan poco tiempo!». La situación tenía un poco la cualidad de un recauerdo olvidado hacía mucho tiempo, y yo era consciente de que estaba en un lugar muy feliz. No tenía ni idea de a quién me dirigía, pero estaba segura de que estaba haciendo algún tipo de compromiso definitivo que no iba a romper. Sin embargo, ese comentario significaba tan poco para mí como el anterior en la oficina de Bill, cuando nos encontramos por primera vez.

Cuando el doctor Thetford describió el trabajo durante esa primera entrevista, resultaba obvio que no era gran cosa. El puesto estaba asociado a un gran proyecto de investigación que requería un psicólogo en el equipo. El trabajo solo estaba tangencialmente relacionado con mis principales intereses y mi experiencia, y ni el salario ni el cargo eran impresionantes. Después, cuando varios amigos me preguntaron por qué demonios lo había aceptado, expuse los mismos argumentos que le di a mi esposo cuando hablamos después de la entrevista. El hospital era una institución de prestigio; podía tomarme el tiempo que necesitara para una consultoría que me habían ofrecido; y

me habían dicho que habría fondos disponibles para proyectos especiales que yo pudiera iniciar. Sin embargo, a la vista de sucesos posteriores, es probable que yo no tuviera mucha elección en este asunto. Ahí era donde debía estar.

Al principio, el trabajo era horrible. El hospital no proporcionaba espacio para el proyecto, y se fue haciendo cada vez más evidente que los «altos mandos» lo consideraban más como una carga que como un activo. Cuando por fin el proyecto se alojó en un apartamento cercano, me quedé en la situación más aburrida y difícil de mi vida profesional. El trabajo era más que rutinario; en realidad era opresivo. Además, se realizaba en un ambiente de desconfianza y competitividad al que yo no había estado sometida antes. A medida que conocía mejor a Bill, también aprendí que había serias dificultades en el propio departamento de psicología, donde había una deprimente falta de fondos y de armonía interpersonal.

Al igual que yo, Bill había llegado al hospital un poco para su propia sorpresa. En una reunión profesional se había encontrado con un colega al que apenas conocía y que había insistido en que viniera al hospital para dirigir un nuevo departamento de psicología. En ese momento, Bill tenía otro puesto que le gustaba bastante y no estaba considerando hacer un cambio. Sin embargo, sintió la suficiente presión como para obligarle a decir que lo pensaría. Bajo presión continua, aceptó visitar el hospital, ya que era difícil negarse. En gran parte para terminar el asunto, dijo que aceptaría el puesto si se le daba un título prestigioso que no creía posible conseguir. A continuación se olvidó de todo. Seis meses más tarde estaba instalado en su nuevo trabajo, con título y todo.



Bill y Helen en 1960

Cuando llegué al hospital cerca de un año después, había pocas dudas de que Bill necesitaba ayuda. Parecía demacrado y necesitaba a alguien con quien hablar. Poco a poco me contó los numerosos problemas con los que se había enfrentado desde que llegó al hospital. Antes de eso no había un verdadero departamento de psicología. En todo el hospital trabajaban varios psicólogos de modo independiente, algunos de los cuales ni siquiera se conocían. De hecho, una parte importante, aunque no especificada previamente, del trabajo de Bill había sido organizar y administrar una unidad departamental cohesionada. Era una tarea difícil. Cuando llegué, el departamento recién establecido estaba dividido en facciones y asediado por rivalidades políticas y amargos resentimientos. Además de las obvias hostilidades, también había una curiosa apatía. Bill parecía ser la única persona que se preocupaba de verdad por el departamento. Como me dijo un día, «haría cualquier cosa por el departamento», y era evidente que lo decía en serio. Esa fue la primera nota de verdadera devoción que escuchaba desde que llegué, y provocó en mí una respuesta inmediata. Bill y yo llegamos a un acuerdo para resolver juntos los problemas departamentales.

Al principio nuestros intentos fueron descorazonadores, aunque ninguno de los dos consideró siquiera renunciar a nuestro compromiso. Mis esfuerzos iniciales se concentraron en redactar a toda prisa las propuestas de subvenciones para cumplir los plazos de entrega, en un intento desesperado por obtener fondos que se necesitaban con urgencia. Era un trabajo agotador para Bill y para mí, y también un callejón sin salida. Se nos dio ánimo y tuvimos promesas de apoyo, pero nada se materializó. Además de los repetidos desalientos de este tipo, hubo otra fuente de tensión que ambos encontramos aún más difícil de manejar. Bill y yo éramos un equipo bastante incom-

patible y, a pesar de nuestro objetivo común, con mucha frecuencia nos sacábamos mutuamente de nuestras casillas.

Bill es unos trece años más joven que yo y treinta centímetros más alto. Es callado, habla bajito, y es un poco retraído. Había tenido una vida muy difícil, y cuando lo conocí estaba en un punto bajo de su situación personal y profesional. En ese momento tenía bastante ansiedad, estaba deprimido y sin iniciativa. Sin embargo, mantenía una chispa de optimismo y la creencia recóndita



Helen

de que había una salida real y de que, en alguna medida, lograría encontrarla. En contraste, yo tenía una ansiedad que podía llegar a alterarme, era propensa a ser mordaz, y trabajaba con una intensidad que Bill encontraba alarmante. Intentaba mantener una fachada de alegría y certidumbre, pero dentro de mí seguía habiendo pesimismo e inseguridad. También abordábamos los problemas interpersonales con estilos muy diferentes. Bill tendía a replegarse cuando una situación le parecía exigente o sofocante, cosa que ocurría con frecuencia. Rara vez atacaba de manera abierta cuando estaba enojado o irritado, y en cambio adoptaba una actitud cada vez más distante e insensible. Yo, por otro lado, tendía a involucrarme demasiado y luego me sentía atrapada y resentida. Mi sensación de saturación, que llevaba años creciendo, se había vuelto bastante intensa.

Durante los primeros años de nuestro proyecto profesional conjunto, Bill y yo trabajamos duro, aunque hubo poco progreso. Por el contrario, tuvimos numerosos contratiempos inesperados. Las disensiones políticas eran continuas y nuestros desencuentros aumentaron. Los fondos se recortaron aún más y la rotación de personal era enorme. En algún punto del camino, Bill y yo nos habíamos convertido en consultores para un proyecto de investigación en un centro médico cercano, donde pasábamos una hora a la semana. Lo odiábamos. Las diversas especialidades que trabajaban en el proyecto se peleaban todo el tiempo y se volvieron cada vez más agresivas y competitivas. Nuestras reuniones semanales no aliviaban nuestro propio entorno profesional, también tenso. Mientras tanto, la relación entre Bill y yo seguía deteriorándose. Aunque nos habíamos vuelto interdependientes, también habíamos desarrollado una cólera considerable entre nosotros, y nuestros genuinos intentos de cooperar eran contrarrestados por nuestros crecientes resentimientos. Cada vez lográbamos menos a la vez que notábamos una fatiga mucho mayor.

El punto de inflexión

Cada noche, en casa, repasaba una larga lista de quejas y no tengo ninguna duda de que a Bill le pasaba lo mismo. Se hacía evidente que lo mejor para mí era irme. Sin embargo, Bill y yo parecíamos atrapados en una relación que detestábamos en muchos aspectos, pero de la que no podíamos escapar. Ese cambio llegó de forma inesperada. Comenzó una tarde, antes de que Bill y yo saliéramos para la reunión semanal de investigación. Él tenía algo en mente, eso era evidente, pero le costaba mucho plantearlo. De hecho, intentó comenzar varias veces sin éxito. Finalmente, respiró hondo, se puso un poco rojo y pronunció un discurso. Fue difícil para él, me dijo después, porque las palabras que decía le sonaban trilladas y sentimentales. Tampoco esperaba una respuesta muy favorable de mi parte. Sin embargo, se limitó a decir lo que sentía que debía expresar. Había estado pensando las cosas, y había concluido que estábamos usando un enfoque equivocado. Nuestras actitudes se habían vuelto tan negativas que no podíamos resolver nada.

Por lo tanto, había decidido ver las cosas de otra manera.

Bill propuso, muy específicamente, probar un enfoque nuevo ese día en la reunión de investigadores. No iba a enfadarse y estaba decidido a no atacar. Iba a buscar el aspecto constructivo en lo que la gente decía y hacía, y no iba a centrarse en los errores ni señalar los problemas. Iba a cooperar en vez de competir. Era hora de tomar una nueva dirección. Sin duda alguna, nos habíamos equivocado de camino. Fue un discurso largo para Bill, y hablaba con un énfasis al que no estaba acostumbrado. Cuando terminó, esperó mi respuesta con manifiesta incomodidad. Cualquiera que fuera la reacción que esperaba, no fue la que recibió. Me levanté y le dije convencida que tenía razón y que probaría con él ese nuevo enfoque.

A ninguno de los dos nos fue muy bien en la reunión de esa tarde, aunque ambos lo intentamos. No puedo decir que tuvimos un éxito rotundo, pero tampoco fracasamos del todo. Desde entonces han ocurrido muchas cosas inesperadas. A nivel objetivo, todo el clima del departamento cambió poco a poco. Bill trabajó muy duro en los problemas del departamento, decidido a convertir las hostilidades en amistades. Al principio, esto le costaba un esfuerzo considerable, pero a la larga lo logró. Las tensiones disminuyeron y las diferencias se disiparon. Las personas que no eran adecuadas se fueron en condiciones amistosas, y casi de inmediato llegaron otras más adecuadas. Para mí se abrió un puesto seguro e interesante. Aunque nuestros esfuerzos eran incoherentes y a menudo poco sinceros, no cabe duda de que hubo resultados. El departamento se volvió funcional, relajado y eficiente.

Mientras tanto, me sentí impulsada a retomar amistades anteriores que habían quedado interrumpidas por una u otra razón. En algunos casos esto era muy difícil, máxime cuando la ruptura había sido violenta y me había sentido tratada de forma injusta durante el proceso. En un caso dudé durante más de un año. Pero reconocía, con cierta vaguedad, que estas medidas reparadoras eran parte de un período de preparación obligatorio. Mientras la situación en el departamento iba mejorando, Bill también se centró en reparar sus relaciones sociales. Ambos sentíamos que esto era crucial, y lo hicimos bien en la mayoría de los casos. Teníamos más dificultades con nuestra propia relación. Tratábamos de ser benévolo y comprensivos entre nosotros, ya que nos habíamos embarcado en un nuevo enfoque que, desde luego, debíamos aplicarnos a nosotros mismos. Sin embargo, aunque hicimos algunos progresos, aún discutíamos, a veces por razones que luego reconocíamos que eran triviales y sin causa aparente. Ambos nos dimos cuenta de que se trataba de un serio obstáculo para la cooperación y que necesitábamos superarlo.

Mientras tratábamos seriamente de enderezar las cosas entre nosotros, comenzó otra clase de vivencia. Tal vez estos acontecimientos parecerán más positivos si menciono un rasgo tan característico de mi propia experiencia que durante años no pensé que pudiera no ser universal. Desde que recuerdo, cuando cerraba los ojos a menudo veía imágenes mentales muy claras. Las escenas podían ser cualquier cosa: una mujer con un perro, árboles bajo la lluvia, un escaparate lleno de zapatos, una tarta de cumpleaños con velas encendidas, una escalinata que descendía por un acantilado. A veces reconocía una parte de la imagen como algo relacionado con cosas que había visto, pero incluso en esos casos había detalles que no estaban allí. La mayoría de las escenas no parecían estar asociadas con nada.

Si bien las imágenes mentales eran particularmente nítidas justo antes de quedarme dormida, descubrí que podía ser consciente de ellas incluso cuando mis ojos estaban abiertos, y casi en todo momento. No interrumpían ni molestaban de ninguna manera mis actividades externas,

como si en el trasfondo hubiera una actividad mental constante que podía traer a un primer plano si elegía observarla. Durante años, las imágenes mentales habían sido inmóviles, por lo general en blanco y negro, y aparecían como una serie de «fotogramas» no relacionados entre sí. Pero, a medida que la «aventura de cooperación» continuaba, las imágenes comenzaron a adquirir color y movimiento, y poco después aparecieron en secuencias significativas. Así ocurrió también con mis sueños, que a menudo continuaban un tema iniciado antes de quedarme dormida.

Bill y yo tomamos la decisión conjunta de cambiar nuestras actitudes en junio de 1965. Desde entonces y hasta mediados de octubre, cuando comenzó la transcripción del «Curso», en mi conciencia sorprendida emergieron más o menos tres líneas secuenciales de distintas imágenes en fantasías y sueños. Continuaron hasta bien entrada la fase de redacción y hasta cierto punto coincidieron con ella. Sin embargo, en aras de la claridad, las describiré por separado. No tengo ni idea de si eran representaciones simbólicas, muy parecidas a imágenes de ensueño, o si en cierto sentido estaban relacionadas con hechos reales. Las miraba como si estuviera viendo una película de cine, y me sentía más como público que como participante, incluso mientras contemplaba una figura que sabía que era yo misma.

Las series de visiones

Primera serie de visiones

La primera de las tres series se presentó con la imagen de una figura femenina que no reconocía, muy cubierta, arrodillada y con la cabeza inclinada, con pesadas cadenas alrededor de las muñecas y tobillos. Por encima de su cabeza se elevaba un fuego proveniente de un gran brasero metálico que estaba a su lado en un trípode bajo. Ella parecía ser una especie de sacerdotisa, y el fuego parecía estar asociado con un antiguo rito religioso. Esta figura se repitió casi a diario durante varias semanas, aunque cada vez con cambios notables. Las cadenas comenzaron a caerse y ella comenzó a alzar su cabeza. Con mucha lentitud por fin se puso de pie, con un eslabón, ya suelto de la cadena, todavía atado a la muñeca izquierda. El fuego ardía con un brillo inusual mientras ella se levantaba. Yo no estaba preparada para la intensidad de mis reacciones emocionales hacia ella, y no las entendía en absoluto.

Cuando la sacerdotisa levantó los ojos por primera vez y me miró, sentí un miedo terrible. Estaba segura de que su expresión estaría llena de ira y sus ojos expresarían condena y desprecio. Mantuve la mirada apartada las siguientes veces que se presentó, pero al fin decidí mirarla bien de frente. Cuando lo hice, estallé en lágrimas. Su rostro era suave y estaba lleno de compasión, y su mirada era indescriptible. La mejor palabra que pude encontrar al describírsela a Bill fue «inocente». Ella no veía aquello que yo temía que podría ver en mí. No veía nada digno de ser condenado. Sentí tanto amor que me dejé caer de rodillas a sus pies. Entonces traté en vano de unirme a ella mientras estaba frente a mí, poniéndome a su lado o acercándola al mío.

Mis siguientes reacciones fueron aún más extrañas. De repente, me dejé arrastrar por una sensación de alegría tan intensa que apenas podía respirar. En voz alta pregunté: «¿Significa esto que puedo recuperar mi función?». La respuesta, silenciosa pero con perfecta claridad, fue: «¡Por supuesto!». No había creído que fuera posible experimentar una felicidad como la que esa respuesta me produjo, y por un momento seguí repitiendo: «¡Qué maravilloso!». No cabía duda de que había una parte de mí que desconocía, pero que entendía con exactitud lo que significaba todo esto. Era una conciencia extrañamente dividida, de un tipo con el que me iba a familiarizar mucho más adelante.

Segunda serie de visiones

La segunda serie de imágenes, que como la primera me llegaba a veces en breves destellos, más bien como ensueños, y a veces en sueños mientras dormía, nos incluía tanto a Bill como a mí misma. Aparecíamos en diferentes relaciones, pero la secuencia cronológica era bastante confusa. Situaciones que parecían muy antiguas a menudo aparecían después de situaciones casi contemporáneas. En la primera imagen de esta serie me vi en un bote remando con desesperación, pero sin llegar a ninguna parte. Mirando a mi alrededor, identifiqué el lugar como Venecia y el barquito como una góndola. Cerca había un hombre alto y delgado, bastante parecido a Bill, apoyado contra un poste de madera que sobresalía del agua. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y me miraba con seriedad burlona. Cada vez estaba más segura de que era Bill, vestido de gondolero, pero con brillantes lentejuelas esparcidas por todo el traje. No se movía ni hablaba. Entonces noté que la góndola estaba atada a un muelle con una cuerda gruesa. Era una situación tonta: había hecho todo ese esfuerzo por algo imposible. Bill no me ofreció ayuda, pero su sonrisa no era desagradable.

Los siguientes eventos de esta serie son bastante vagos. Bill se presentó una vez como torero en un traje espectacular, dorado de pies a cabeza. Se percibía un tenue ruedo al fondo, aunque no estaba claro. Su siguiente aparición fue como hechicero, con plumas alrededor de los tobillos y las muñecas, vestido con una falda de paja y un imponente tocado de plumas brillantes y joyas relucientes. Yo llevaba un vestido muy sencillo. Ambos éramos negros, y estábamos en un claro de una selva espesa. Parecía que venía a pedirle ayuda a Bill, y él respondía a mi súplica con una danza extraña, acompañada de gritos fuertes en un idioma que no entendía. Al principio me sentí reconfortada. Entonces me asusté y le rogué que se detuviera. No parecía oírme por el golpeteo de los instrumentos de madera tosca que sostenía y el creciente batir de tambores al fondo. Me alejé aterrada, con las manos en los oídos en un frenético esfuerzo por acallar los sonidos. No miré atrás.

El siguiente episodio en que estábamos Bill y yo parecía una historia dentro de otra. Un tema en varias fases se fue extendiendo durante bastante tiempo antes de llegar a su sombría conclusión. Yo era una sacerdotisa en lo que parecía un templo egipcio, aunque tengo la impresión de que podría ser aún más antiguo. Enormes estatuas de piedra se perfilaban borrosas a los lados y en la parte posterior del edificio, pero no podía distinguir las con claridad porque el interior estaba muy poco iluminado. Sin embargo, incluso en la penumbra, me di cuenta de que el templo era muy grande e imponente. El altar, la única parte iluminada del edificio, era particularmente espléndido. Una luz resplandeciente lo iluminaba desde una fuente que no pude identificar. Magníficas joyas brillaban a su alrededor, y sus pulidas y lisas superficies de pedrería reflejaban la luz como espejos. Como sacerdotisa mayor, estaba vestida con ostentación y llevaba una corona llena de incrustaciones a la que le faltaba la gran gema central.

En el primer episodio de la serie me encontraba en el altar apoyada sobre Bill, que estaba tumbado en el suelo casi desnudo. Yo tenía en mis manos el palo de una lanza, con la punta apoyada en el entrecejo de Bill. Luego vino una larga serie de recuerdos de lo que nos había llevado a esta escena inicial. Había habido una rebelión de esclavos. Estaba a punto de matar a Bill, el líder de la revuelta, que había conseguido robar el gran rubí central de la corona de la sacerdotisa. No era un rubí ordinario. Otorgaba poderes mágicos a su portador. El ladrón tenía que ser asesinado para que estos poderes regresaran a la sacerdotisa, cuya religión era el poder y la esclavitud. Rebelarse contra ella era como pedir la muerte.

Lo que pasó después estaba del todo fuera de lugar. Noté en mí sentimientos de intensa rabia y venganza mientras me preparaba para hundir la punta de la lanza entre los ojos de Bill. Él no parecía muy asustado. Solo me miraba y esperaba. Me preparé, dispuesta a hundir la lanza. De forma inesperada dudé un instante y supe que todo había terminado para mí. Bill viviría y yo moriría. Cuando arrojé la lanza, mi muerte era segura. En el último episodio de la serie me encontraba de pie sola en el escalón superior de una amplia escalera frente a una enorme puerta con cerrojo. Estaba fuera del templo. Mi corona y mi vestido dorado habían desaparecido. Llevaba un vestido blanco suelto, manchado a los lados y rasgado en el cuello. Delante de mí no había nada más que desierto. El viento soplaba arena caliente contra mi cara, y podía ver huesos decolorados esparcidos a lo lejos. Los míos pronto estarían entre ellos. Con amargura me maldije por permitir que esto pasara. Sin exagerar, la ira me sacudía mientras caminaba despacio por la escalera; la sed me devoraba la garganta y el viento olía a muerte.



Bill y Helen en Egipto

El efecto emocional de este último episodio fue intenso y duradero. Todavía sentía ira después de que las imágenes se desvanecieron, y más tarde se convirtió en una furia desbordante cuando le conté a Bill la historia al día siguiente, sobre todo cuando hablé del robo del rubí. Era como si estuviera sucediendo de nuevo. Ante mis ojos se presentó una imagen del rubí, de un hermoso y resplandeciente color rojo, y durante un breve instante la escena se hizo realidad para mí. Una vez más me reproché el haber muerto por un esclavo rebelde que no era más que un vulgar ladrón. Apenas podía contener mi furia con Bill, que sentía una lógica molestia. Yo también la sentía. La intensidad de mi ira nos sorprendió a ambos. Pasó un tiempo antes de que aparecieran los siguientes episodios de la serie. Era casi como si tuviera que recuperarme un poco antes de seguir adelante. Afortunadamente, la siguiente entrega fue diferente, aunque tampoco salí muy bien parada.

Bill, un monje franciscano de túnica marrón y sandalias, deambulaba por el pasillo abovedado de un monasterio que bordeaba un pequeño césped bien cuidado mientras leía un libro. Había una hermosa fuente en el medio, con pájaros bañándose en la pila y filas de flores coloridas alrededor de su base y esparcidas en parches sobre la hierba. La época era incierta, pero el monasterio parecía estar en España. Yo caminaba con lentitud hacia Bill, vestida de negro. Mi rostro estaba cubierto de velos, mis ojos estaban bajos, y mis manos entrelazadas como en oración. Cuando llegué hasta Bill me arrodillé como penitente y le pedí perdón con humildad. No levantó la vista. La ira se apoderó de mí, me levanté y lo acusé de no tener corazón. Él no parecía escucharme; solo siguió leyendo serenamente. Sus ojos no se apartaron del libro. Me alejé furiosa y frustrada. La imagen se desvaneció, lenta e inconclusa.

La escena siguiente, por orden de aparición, parecía ser tan antigua como si se estuviera produciendo al principio de los tiempos. Era sacerdotisa otra vez, pero de un tipo muy diferente. Esta sacerdotisa era, de hecho, muy parecida a la que tenía ojos inocentes y había visto salir de las pesadas cadenas hacia la libertad. Estaba escondida del mundo en un pequeño templo de mármol blanco situado en un valle ancho y muy verde. No estaba muy segura de que su cuerpo fuera del todo sólido. En realidad, lo que se veía era poco más que el contorno de una mujer menuda y delgada vestida de blanco, que nunca llegó más allá de la puerta de la pequeña habitación que contenía un altar de madera. Una pequeña llama ardía sobre ella, enviando una sólida columna de humo blanco. La sacerdotisa permanecía cerca del altar, sentada en un taburete de madera y

con los ojos cerrados, rezando por los que venían a pedir ayuda.

A veces lo único que veía era el valle fuera del templo. En algunas ocasiones parecía que no había nadie allí, pero en otras había una enorme fila de personas marchando juntas con mucha alegría. La fila parecía interminable en ambas direcciones, y de algún modo podía sentir la profunda sensación de libertad y unidad que cada individuo estaba experimentando mientras avanzaba hacia una victoria segura. Yo no sabía con exactitud de qué manera les ayudaba la sacerdotisa, pero aun así estaba convencida de que sus oraciones eran una contribución vital. También estaba segura de que gente de todas partes acudía a ella en busca de ayuda; de hecho, algunas personas venían de muy lejos. Sin embargo, no le hablaban directamente. Se arrodillaban en la cornisa de un muro bajo que separaba las partes interiores y exteriores del templo, y declaraban sus necesidades a un hombre que parecía servir de intermediario entre la sacerdotisa y el mundo. Él permanecía en un espacio grande y cerrado que separaba a la sacerdotisa de los que venían en busca de ayuda. El hombre escuchaba sus necesidades y se las comunicaba a la sacerdotisa.

No vi el rostro del hombre durante un tiempo, y me llevó aún más reconocerlo como Bill. Desempeñaba un papel crucial para que la sacerdotisa pudiera cumplir su función. Cuando la gente le decía lo que necesitaba, él iba hasta la puerta y le informaba que había una petición de ayuda. Solo decía que un hermano había venido en busca de sanación, y luego pedía ayuda en nombre de ese hermano. La sacerdotisa nunca preguntaba el nombre de nadie ni los detalles de su petición. Ella oraba por todos por igual, sentada en silencio junto a la llama en el altar. Nunca se le ocurría que la ayuda no le sería concedida. Nunca se alejaba por completo del lado de Dios, y permanecía con serena certeza de Su presencia allí, en la habitación con ella. Estaba segura de que ella era yo misma y, sin embargo, no lo estaba. Lo único cierto es que la miraba con gran amor.

El siguiente episodio fue, nuevamente, un contraste dramático. Bill y yo éramos esclavos en lo que parecía ser la América de mediados del siglo XIX. Estábamos casados, pero yo sentía un profundo desprecio por él. Era mayor que yo, de piel mucho más oscura, y muy religioso de un modo que a mí me parecía muy simple. No veía ninguna justificación para la confianza infantil que tenía en Dios. Tenía una confianza igual de ingenua en mí, y yo sabía que en este caso no había ninguna razón para ello. La historia en sí es difusa, pero comprendí que estaban ocurriendo ciertas cosas concretas. Yo era hermosa, de apariencia casi blanca, y sin ningún principio moral. A los hombres blancos les gustaba, y yo intercambiaba favores sin dificultad. Por algún motivo, logré hacer un trato que me permitió obtener mi libertad, pero a expensas de Bill. No le oculté mis planes. De hecho, me complacía contárselos con detalle. Él no me condenó ni intentó interferir. Me di la vuelta y salí con aire desafiante. Pero recordé la tristeza en sus ojos.

La serie terminó con una nota de logro definitivo e incluso de gloria. Estaba de pie en una habitación que parecía estar en el último piso de un edificio eclesiástico. Bill, sentado frente a un gran y antiguo órgano de iglesia, tocaba el coro del *Aleluya* de Händel con su rostro iluminado de alegría. Finalmente, habíamos alcanzado nuestra meta. Yo estaba de pie frente a un sencillo altar de madera marrón, sobre el cual estaban escritas dos palabras, una debajo de la otra. No puedo imaginar una combinación de palabras menos apropiada. La primera era *Elohim*, que en ese momento no reconocí, y solo más tarde descubrí que es uno de los nombres hebreos para Dios. La segunda palabra, *Evoé*, sí la identifiqué como el grito de las bacantes griegas al celebrar los ritos de Baco. Mientras observaba, un rayo que provenía del fondo de la iglesia golpeó el altar y borró por completo la segunda palabra. Solo *Elohim* permaneció, escrita en brillantes letras doradas.

El coro del *Aleluya* llegó a un crescendo, y por detrás del altar emergió una figura delineada en una luz brillante, que venía hacia mí y a quien reconocí de inmediato como Jesús. Intenté arrodillarme ante él, pero acercándose a mi lado se arrodilló en el altar conmigo. Bill se levantó y se arrodilló al otro lado. Y entonces una Voz, con la que llegaría a familiarizarme cada vez más, dijo en palabras silenciosas, pero con perfecta claridad: «Ese altar está dentro de ti». El impacto emocional de esa conclusión fue tan poderoso que rompí a llorar.

Tercera serie de visiones

La tercera serie de imágenes, que ocurrió al igual que las anteriores, duró más tiempo y siguió una progresión muy definida. A lo largo de esta serie, aparecía una figura masculina de identidad incierta, al parecer para ayudar de vez en cuando. En general, no lo reconocía en absoluto. A veces pensaba que podría ser Bill. En otras ocasiones, sospechaba con vaguedad que podría ser Jesús. Esta serie comenzó similar a la anterior y, al igual que la primera, en un nivel menos evidente. Mientras deambulaba por la orilla de un lago, me encontré con un barco desierto, volcado de costado. Estaba sujeto por gruesas cuerdas atadas a una pesada ancla, hundida en el lodo profundo que también cubría parte del barco. Era evidente que había sido abandonado hacía años.

Sabía que no podía liberar el barco sin ayuda, pero aun así me sentí impulsada a intentarlo. Tiré en vano de las cuerdas, que eran tan pesadas que apenas podía levantarlas. Además, el lodo era resbaladizo y no dejaba de caerme. Grité pidiendo ayuda, pero no había nadie que me oyera. El lugar estaba completamente desierto. Era una situación frustrante. Hasta cierto punto comprendía la importancia de liberar el barco, pero también era consciente de mi absoluta incapacidad para hacerlo. Y entonces me llegó la respuesta. Había estado haciendo las cosas de la manera equivocada.

«Por supuesto», me dije. «Dentro del barco hay un equipo de recepción y transmisión muy poderoso. No se ha usado en mucho tiempo, pero todavía funciona. Y esa es la única forma en que conseguiré ayuda». En este punto, el primer episodio terminó.



Dr. William Thetford y Dra. Helen Schucman

Después ocurrieron varias cosas poco claras. Apareció un hombre de alguna parte y juntos logramos arrastrar el ancla fuera del lodo, poner el barco en posición vertical y, al fin, ponerlo en el agua. Entonces comenzó a moverse, aunque al principio el ancla todavía arrastraba un poco. Sin embargo, el barco fue ganando velocidad después de un rato y parecía estar emprendiendo un curso muy definido. No tenía idea de adónde iba, pero al parecer no necesitaba saberlo. Por lo visto el hombre, que de repente noté que estaba conmigo, sí lo sabía. Y eso era suficiente.

Cuando el barco había avanzado un trecho, el agua comenzó a agitarse y empecé a tener miedo. Afortunadamente, el hombre apareció en el siguiente episodio vestido para la ocasión, con un impermeable amarillo, casco y botas. Yo estaba manejando con inseguridad cuando él llegó y tomó el timón de mis manos.

—Ve allá y siéntate —dijo con un tono firme, pero no hostil—. Habrá mal tiempo por un rato. Para cruzar esto te llevo yo, y luego podrás volver al timón.

Me senté en un banco al costado de la cubierta, pero todavía estaba un poco inquieta.

—Quizá debiéramos pedir más ayuda —sugerí tímidamente—. Creo que dentro de este barco hay un muy buen equipo de recepción y transmisión. Quizás deberíamos usarlo.

—Aléjate de eso por ahora —dijo el hombre, con rapidez y con más firmeza—. No estás lista. Solo te meterías en problemas. Cuando estés lista para usarlo, te lo diré. Mientras tanto, no te preocupes. Lo lograremos.

Observé, más tranquila, como él conducía con gran destreza el barco a través de un paso muy estrecho, mientras la tormenta rugía a nuestro alrededor. Grandes olas se alzaban sobre la proa del barco, y la lluvia caía a cántaros desde un cielo negro. Curiosamente, ni siquiera me mojé. Poco a poco el barco fue entrando en aguas tranquilas y descubrí que el timón estaba de nuevo en mis manos.

El hombre apareció luego en el costado del barco, más cómodo, con pantalones cortos y una camisa de verano de cuello abierto. El clima era cálido y soleado, el agua tranquila y el barco navegaba con facilidad. Estábamos de pie junto al timón, charlando. Noté que llevaba una cadena de oro alrededor del cuello, con un desconocido símbolo también de oro colgando de ella. Pensé que quizás podría ser una letra hebrea. Entonces recordé algo.

—Tengo uno igual —dije, mirando el símbolo—. De hecho, lo llevo puesto ahora mismo.

—Por supuesto que lo sé —respondió el hombre, sonriendo.

—Lo único es que —añadí— el mío está al revés.

—Eso también lo sé —dijo el hombre, todavía sonriendo—. De hecho, este también es tuyo. Lo guardaré para ti un poco más, pero prometo dártelo cuando puedas usarlo.



Helen

Los dos símbolos, imágenes espejo el uno del otro, estaban tan claros en mi mente que luego los copié. Algún tiempo después, me encontré con un amigo que era experto en hebreo, y le pregunté si los reconocía. Al principio se mostró desconcertado y luego dijo: «¡Por supuesto! El símbolo del milagro de la inversión». Tuvo que explicarme a qué se refería. Cuando Moisés bajó de la montaña donde había hablado con Dios, llevaba un pergamino en el que estaban escritas las palabras de Dios. El milagro era que las palabras podían leerse bien desde cualquier lado del pergamino, algo que por supuesto no era posible por medios ordinarios. Mis reacciones a esta información fueron curiosamente contradictorias. Por un lado, estaba encantada y también impresionada. Por otro, tenía miedo. Todavía me costaba creer que los sueños y las fantasías fueran más que intentos irreales de satisfacer deseos y, de un modo extraño, yo

era capaz de descartar mucho de lo que ya había visto y oído. Esto, sin embargo, era difícil de pasar por alto con la misma facilidad.

Tal vez fue mi incomodidad lo que detuvo la serie durante algún tiempo. Cuando tuvo lugar el siguiente episodio, llegó en un sueño. Como ocurre a menudo en ellos, el barco se había convertido en un automóvil. Estaba cruzando un puente en medio de un tráfico muy intenso. Quería girar a la derecha, pero estaba en el carril equivocado y otro automóvil bloqueaba mi camino. Ambos estábamos atascados, con vehículos delante y detrás. Toda la situación parecía ser un gran embotellamiento. No veía ningún modo de hacer el giro, aunque era esencial que lo hiciera. «Si

intento girar, chocaré con ese auto a mi lado», pensé, «y si él gira a la derecha, no tendré tiempo de seguirlo antes de que el hueco se cierre y vuelva a quedar atrapada en el embotellamiento». Seguía imaginando maneras de girar, pero todas eran inadecuadas y algunas, desastrosas. Y entonces me vino la solución.

«Lo lograremos los dos juntos», pensé contenta. «No será ningún problema». Entonces hice el giro junto con el hombre que conducía el automóvil al lado del mío. Fue muy fácil. «Es curioso que nunca se me hubiera ocurrido esto antes», me dije, mientras la imagen se desvanecía.

La siguiente vez que me encontré de nuevo en el barco, aún estaba consciente de haber girado a la derecha. El barco se movía lento, pero sin dificultad, por un pequeño canal muy recto. La brisa era suficiente para hacerlo avanzar. Las riberas del canal estaban bordeadas por hermosos y añosos árboles y una verde hierba enmarcada por bancos de flores. «Me pregunto si aquí hay un tesoro enterrado», pensé para mí, fantaseando. «No me sorprendería si lo hubiera». Entonces noté un palo largo con un gran gancho en el extremo, que yacía en el fondo de la embarcación. «Justo lo que necesito», pensé, dejando caer el gancho al agua y hundiendo el palo tanto como pude. El gancho atrapó algo pesado, y lo levanté con dificultad. Era un antiguo cofre de tesoros, con la madera desgastada por el agua y el fondo cubierto de algas marinas. Me las arreglé para meterlo en el barco y lo abrí con entusiasmo.



Helen y Louis

Me llevé una amarga decepción. Había esperado joyas o monedas, pero en el cofre no había nada más que un gran libro negro. La encuadernación era similar a las «carpetas de anillos» que se usan para guardar manuscritos o papeles. En el lomo había escrita una palabra en color dorado. La palabra era «Esculapio». Me resultaba familiar, pero no podía recordar qué significaba. Volví a ver el mismo libro unas noches después. Esta vez tenía un collar de perlas alrededor. Ni Bill ni yo supimos qué podía representar ese libro hasta mucho más adelante, cuando guardamos la copia original de *Un curso de milagros* en esas carpetas negras que se usan para las tesis.

PARTE III

Bill estaba muy interesado en estas series de visiones, así que le relataba los episodios a medida que ocurrían. En cambio, a mi esposo parecían inquietarle bastante, por lo que preferí no contarle demasiado sobre ellas. En cuanto a mí, tenía sentimientos tan contradictorios acerca de la situación que intentaba no pensar en ella. Sin embargo, las reacciones de Bill fueron del todo inesperadas. Ni él ni yo teníamos interés ni conocimientos sobre fenómenos psíquicos, y la seriedad con la que él tomaba mis imágenes mentales me sorprendió genuinamente. Para él, era evidente que significaban algo. Yo, en cambio, no estaba tan segura. Sin duda las líneas narrativas eran consistentes, e incluso estaban bastante bien organizadas en su conjunto. Aun así, yo creía —o quizás sería más exacto decir que esperaba— que no fueran sino producto de mi imaginación. Cualquier otra posibilidad me habría aterrorizado.

Poco después de que terminara la tercera serie, Bill encontró un libro sobre Edgar Cayce, escrito

por su hijo Hugh Lynn Cayce. Cuando me contó un poco al respecto, de inmediato lo catalogué como «una locura» y me negué a leerlo. Todavía me oponía con firmeza a tomar en serio esas cosas extrañas, aunque mi postura pudiera parecer algo inconsistente. Yo no lo veía de esa manera. Me estaban ocurriendo cosas difíciles de explicar, y eso era todo. Y eso no justificaba asumir que tenían algún extraño tipo de base extrasensorial. Me repugnaba en particular la idea de la reencarnación. La consideraba absurda y «escalofriante». Curiosamente, justo en ese momento, mis imágenes se transformaron en lo que parecían ser «retrospectivas» de mí misma en diferentes momentos y lugares. Cuando le describí estas imágenes a Bill, enfatiqué que las consideraba solo simbólicas; el tipo de simbolismo onírico con el que cualquier psicólogo clínico está más que familiarizado. Y esto, por supuesto, bien podría haber sido así.



Helen

apareció una imagen borrosa de otra joven, un poco mayor que la primera, tendida sobre el suelo cubierto de paja en una habitación sofocante de una prisión. Tenía los brazos atados con fuerza y los pies encadenados al suelo. La época parecía situarse entre los siglos XII o XIII, y tuve la idea de que la joven acabó siendo ejecutada.

Varias imágenes posteriores mostraban la figura de una monja, al parecer en diferentes países y en diversas épocas. La más nítida de todas era la de una monja anciana, artrítica y decepcionada, consumida por una vida de austeridades severas, con el ánimo marchito y estéril. Caminaba por la nave lateral de una iglesia imponente y hermosa que recordaba a la Catedral de Notre Dame en París. El pasillo estaba en penumbra, y la vela que sostenía la monja apenas iluminaba su camino. Al caminar, deslizaba su mano por la pared de piedra gris a su lado, como si buscara una puerta o quizás, más literalmente, una salida. No la encontró. Las tristes arrugas de su rostro se acentuaron mientras yo la observaba. «Ella no sabe», pensé. «Lo intenta, pero no sabe». Su expresión dura me causó rechazo, pero sentí una profunda compasión por su causa perdida.

En marcado contraste con aquella triste figura, había otra que aparecía a intervalos y que, de vez en cuando, aún cruza por mi mente. Esta era la única que se repetía siempre sin alteración alguna. Era la imagen de una joven que se parecía a mí en muchos aspectos, aunque no debía tener más de dieciséis años. Su cabeza estaba algo inclinada hacia atrás en alegre risa, y sus brazos abiertos como en un gesto de bienvenida universal. Parecía estar dichosa, incapaz de experimentar pena o dolor. Estaba de pie sobre un jardín de luminosa hierba nueva, pero en su extraordinaria felicidad sus pies desnudos apenas parecían tocar el suelo. Llevaba un vestido ligero y suelto que no evocaba ninguna época ni lugar en particular. De hecho, no había nada en ella que sugiriera su

pasado, ni parecía preocupada por el futuro. No creo siquiera que considerara el tiempo como lo hacemos nosotros.

El interés de Bill por los fenómenos psíquicos creció a medida que leía más material sobre Cayce. Yo respetaba su opinión, aunque en este caso pensaba que estaba del todo equivocado. Sin embargo, le pedí un libro sobre el tema y Bill escogió una biografía de Cayce escrita por su hijo. Lo leí con cierto desagrado, aunque con la determinación de mantenerme objetiva. No había duda de que era interesante, aunque seguía sintiendo rechazo por lo que consideraba su aspecto «tenebroso» y poco creíble. También me daba cuenta de que el tema me generaba mucha ansiedad. Bill tenía una visión del fenómeno Cayce mucho más amplia que la mía, y no se preocupaba demasiado por los detalles. Lo que él consideraba importante e impresionante era la evidencia de que las mentes pueden comunicarse entre sí por medios extrasensoriales. También me recordó que en los últimos tiempos me habían ocurrido cosas bastante inusuales, casi imposibles de explicar con parámetros convencionales. Eso, al menos, era verdad. Tras conceder este pequeño punto, comenzaron a suceder otros hechos que me costaba mucho explicar.

La nueva fase comenzó un día mientras Bill y yo estábamos concentrados en un informe de investigación. De repente, dejé los papeles a un lado y dije con gran urgencia: «¡Rápido, Bill! Tu amigo Joe, el que conocimos en Chicago hace un tiempo, está pensando en suicidarse. Debemos enviarle un mensaje». Bill se sentó a mi lado mientras yo le enviaba a Joe un mensaje sincero para que reconsiderara su decisión. Después le dije a Bill: «Apuesto a que no era nada». Pero me equivoqué. Resultó que había sido bastante precisa. Era difícil no impresionarse, sobre todo porque los hechos sorprendentes seguían ocurriendo. Bill asistió a una reunión fuera de la ciudad, y, a su regreso, le describí con gran detalle el lugar donde se había alojado, aunque nunca lo había visto. También le dije algunas de las cosas que habían sucedido allí antes de que él tuviera la oportunidad de contármelas. Además, le di una descripción muy detallada de la casa de un amigo donde pasó un fin de semana, incluso mencionando los colores de las paredes y muebles. Más tarde, cuando se fue de vacaciones a un lugar bastante lejano, le envié una imagen mental de un prendedor dorado que debía traerme. A su regreso, me entregó el prendedor. No había duda de que era exactamente el que yo había pedido.

Mis reacciones ante episodios de este tipo eran contradictorias. Por un lado, empezaba a sentirme bastante orgullosa de haber adquirido habilidades tan llamativas, e incluso me sorprendía a mí misma con fugaces fantasías de poder y prestigio cruzando por mi mente. Al mismo tiempo, hacía todo lo posible por encontrar explicaciones para estos episodios, porque me provocaban un miedo considerable. Durante un tiempo, la idea de los poderes psíquicos me resultaba tanto atractiva como aterradora, y comencé a tener pesadillas cuyo contenido no lograba recordar. A medida que la lista de sucesos sorprendentes crecía, no podía evitar una sensación de maldad e incluso brujería que, hasta cierto punto, asociaba con ellos. Sin embargo, el orgullo crecía a la par de la ansiedad y, aunque sentía una creciente sensación de peligro, también experimentaba una paralela sensación de autoengrandecimiento.

Mientras aún estaba en la fase «mágica», ocurrió un evento que combinaba con extrañeza hechos y fantasía, y que también parecía apuntar a una dirección futura definida. El episodio comprendía una serie de niveles, comenzaba con evidentes matices mágicos, continuaba con una imaginería de clara religiosidad y concluía con una nota simple y realista. El hospital quería enviarnos a Bill y a mí a la Clínica Mayo para estudiar sus procedimientos de evaluación. La noche antes de nuestro viaje, cruzó por mi mente una imagen con tal nitidez que me sentí impulsada a describirla

por escrito. Era la imagen de una iglesia, cuyos detalles resaltaban con una claridad sorprendente. Al principio no estaba segura de su denominación, pero al final concluí que era luterana. Parecía estar viéndola desde arriba, en un ángulo que sugería la perspectiva de un avión volando a baja altura. La imagen era tan clara que dejé de lado toda cautela y le dije a Bill que estaba segura de que veríamos el edificio cuando aterrizáramos en Rochester, Minnesota, al día siguiente.

Me sentí decepcionada y enojada cuando no vimos nada parecido. En un intento de restaurar mi autoestima, dije que estaba segura de que encontraríamos esa iglesia en algún lugar de la ciudad. Era tarde cuando llegamos, estábamos cansados, y teníamos una cita temprano en la mañana siguiente. Fuimos a nuestras habitaciones para dormir una breve siesta, con la idea de reunirnos para cenar. Yo no podía dormir. Tenía que encontrar esa iglesia. Se había vuelto demasiado importante para mí. Bill estaba cansado, pero lo entendió. Sugirió que después de cenar tomáramos un taxi e intentáramos encontrarla. Escogí varios nombres de la guía de iglesias, pero ninguno resultó ser el correcto. Entonces le describí mi iglesia al taxista y le pregunté si conocía alguna que se le pareciera. No parecía optimista, aunque intentamos con algunas según sus sugerencias. Finalmente, Bill, con buen criterio, propuso que olvidáramos el asunto. Se estaba haciendo muy tarde. De vuelta en el hotel, Bill me habló con firmeza.

—Tu iglesia no está aquí—dijo—, y tú estás actuando de una forma muy extraña al respecto. ¿Por qué tanta desesperación? Duérmete y olvida esta tontería. Nos espera un día difícil. Nos vemos por la mañana.

Cuando me encontré con Bill a la mañana siguiente, ambos teníamos los ojos enrojecidos y estábamos agotados. Apenas habíamos dormido. En cierta medida, logramos sobrellevar nuestro día que estaba por completo programado, y al atardecer nos dirigimos, exhaustos, al aeropuerto. Bill fue a ver un puesto de revistas mientras yo me senté y cerré los ojos. Estaba demasiado cansada para mirar cualquier cosa. Me estaba quedando dormida...

—Y aquí está tu iglesia—dijo Bill, sosteniendo frente a mí la foto de una guía.

—¡Oh, sí, esa es!—respondí con entusiasmo—. ¿Dónde está?

—En ninguna parte—contestó Bill—. Mira. Léelo tú misma.

La iglesia, en efecto, no estaba en ninguna parte. Había ocupado el sitio donde ahora estaba la Clínica Mayo, pero fue demolida cuando se construyó el hospital.

—Así que por eso la vi desde arriba —le dije a Bill—, porque está en el pasado. No tenía nada que ver con los aviones.

Entonces sentí un escalofrío y ya no quise hablar más de la iglesia.

Tuvimos que cambiar de avión esa noche en el camino a casa, y esperamos casi una hora en un aeropuerto frío y casi desierto. Acurrucada contra una pared, había una joven que viajaba sola. Podía sentir oleadas y oleadas de angustia recorriéndola. Se lo mencioné a Bill, quien se opuso a que le hablara. Ambos estábamos agotados, y él no tenía ánimo para involucrarse con desconocidos en ese momento. Además, yo podría estar imaginando su angustia. Su apariencia externa no mostraba señales de otra cosa que no fuera sueño. Sin embargo, no podía ignorar la intensa sensación de dolor que recibía de ella. Al fin, le dije a Bill que no podía evitarlo, y fui a hablar con la joven.

Su nombre era Charlotte, y me dijo que estaba aterrada. Nunca había volado antes. ¿Podría sentarme con ella y tomarle la mano? La llevé con Bill y le sugerí que la pusiéramos entre los dos, y así tendría un amigo a cada lado. Bill fue cortés, pero no estaba contento. Había sido un viaje

difícil y hubiera preferido un regreso tranquilo a casa. Charlotte temblaba cuando el avión despegó, pero yo le tomé la mano y se calmó rápidamente. Ella quería hablar. Había hecho muy pocos planes, no tenía ni idea de dónde se quedaría en Nueva York, ni hacia dónde se dirigiría. Sin embargo, no estaba preocupada. Tenía varios cientos de dólares con ella. Era luterana, y estaba segura de que todo lo que tenía que hacer era encontrar una iglesia luterana en Nueva York y allí la cuidarían. Bill y yo intercambiamos miradas. El mensaje no era difícil de captar. «Y esta», me pareció escuchar, «es mi verdadera iglesia».



Helen

Quizá Bill se había resistido a involucrarse con Charlotte, pero luego tomó la iniciativa sin dudar. Cuando aterrizamos, llamó a un hotel para mujeres en Nueva York y le consiguió una habitación. La llevamos allí en un taxi y la dejamos en la puerta principal, dándole nuestros nombres y números de teléfono. No hubo ningún problema en mantener el contacto con ella. Bill seguía encontrándosela de modo inesperado durante el día, y por las noches solía aparecer en mi casa. Tras poco más de una semana en Nueva York, decidió regresar a su casa. Organizamos su pasaje de vuelta y al día siguiente la llamé por teléfono. Había llegado bien y estaba contenta de estar de regreso, aunque esperaba volver algún día de visita a Nueva York. Todos habían sido muy amables con ella, y le alegró descubrir que no son ciertas todas las cosas malas que dice la gente de las grandes ciudades. Charlotte y yo hemos mantenido correspondencia durante años. Le estoy muy agradecida. Bien podría ser que mi fase «mágica» comenzara a disiparse ante este sencillo encuentro con ella.

Claridad y preparación

El otoño se acercaba y había sido un verano agotador. Bill seguía interesado en Cayce, y sugirió que nos tomáramos unos días de descanso para ir a Virginia Beach, a la Asociación para la Investigación y la Iluminación, y examinar allí las pruebas. La idea no me entusiasmaba. Ese tipo de cosas todavía me asustaban y no quería que fueran ciertas. Ya era bastante perturbador no entender lo que me estaba pasando. En particular, no quería que se agravaran mis desafortunados esfuerzos «mágicos», que para ese entonces ya estaba más que dispuesta a abandonar. Sin embargo, la idea de unas breves vacaciones me pareció atractiva, y mi esposo, sabiendo lo cansada que estaba, me animó a ir. Era la época perfecta del año para el viaje, y él pensó que me haría bien. Se había hecho amigo de Bill y, aunque sentía que estaba desarrollando algunos intereses un tanto extraños, mi marido sabía que cuidaría de mí. Así que partí hacia Virginia Beach con ciertas dudas, pero con la esperanza de poder descansar.

Al final, el viaje resultó ser cualquier cosa menos un descanso para mí. Las personas de la Asociación para la Investigación y la Iluminación, en aquel entonces un pequeño grupo dedicado a hacer público el material de Cayce, eran inteligentes, sinceras y, sin duda, razonables. Tampoco era fácil ignorar la extensa documentación. Me sentí impresionada, pero también muy inquieta. A medida que el interés de Bill se profundizaba, mi propia ansiedad aumentaba. Esa tarde, Bill siguió leyendo sobre el tema y también compró algunos libros para llevar a casa. Pasé con rapidez las páginas de un volumen y lo dejé a un lado de inmediato, con una incomodidad tal que rozaba el pánico. Me alegré cuando el viaje terminó. Ya en casa, eché un vistazo a varios de los libros que Bill había comprado, pero no fui capaz de leerlos. Para mí, no hacían más que volver a hacer sonar la nota «mágica».

Mi propia fase «mágica» terminó de improviso con un claro episodio en el que supe que había tomado una decisión irrevocable. Me vi entrando en una cueva excavada en una formación rocosa, en una desolada costa azotada por el viento. Lo único que encontré en la cueva fue un pergamino antiguo de gran tamaño. Sus extremos estaban sujetos a pesados bastones con puntas doradas, y el pergamino estaba enrollado alrededor de ellos de tal manera que se encontraran en el centro; los bastones estaban juntos, atados con firmeza. Con cierta dificultad, logré desatar los extremos y abrir el pergamino lo suficiente como para revelar el panel central, en el que estaban escritas dos palabras: «Dios es». Luego desenrollé el pergamino por completo. A medida que lo abría, iban apareciendo diminutas letras a ambos lados del panel. La Voz silenciosa que ya había «oído» antes me explicó mentalmente la situación:

—Si miras el lado izquierdo, podrás leer el pasado —dijo la Voz—. Si miras el lado derecho, podrás leer el futuro.

Las pequeñas letras a los lados del panel se volvían más nítidas, pero solo dudé un momento antes de enrollar el pergamino lo suficiente como para ocultar todo excepto el panel central.

—No me interesa leer el pasado ni el futuro —dijo con determinación—. Me quedaré solo con esto.

La Voz sonó a la vez aliviada y tranquilizadora.

—Esta vez lo lograste —dijo—. Gracias.

Y eso, al parecer, fue todo.

Varias veces después volví a sentir algo parecido a la experiencia en el metro de años atrás, aunque con mucha menos intensidad. Estos episodios por lo general ocurrían en medio de una multitud, y sentía una breve pero intensa afinidad con las personas a mi alrededor. Una noche de verano, por ejemplo, mi esposo y yo caminábamos por un paseo marítimo lleno de gente, y me envolvió una profunda sensación de cercanía emocional con todos los que estaban allí, junto con un cierto reconocimiento de que todos íbamos en el mismo viaje hacia una meta común. También hubo experiencias emotivas de otros tipos. Una de ellas ocurrió cuando Bill, mi esposo y yo fuimos juntos al teatro. Sentada en la oscuridad, me percaté de una intensa luz interior que comenzaba en el pecho y crecía cada vez más intensa y abarcadora, hasta que pareció irradiar por todo el teatro e incluir a todas las personas allí presentes. Mi conciencia de la luz, que duró unos diez minutos, estuvo acompañada de una profunda sensación de paz y alegría. Por un momento, apenas podía creer que nadie más se percatara de ella.

Algún tiempo después ocurrió un incidente parecido cuando Bill y yo asistíamos a una reunión en el sur de Francia. Antes de quedarme dormida una noche, surgió en mí una sensación de increíble fortaleza y alegría, comenzando de nuevo en la región del pecho, ascendiendo hasta mi cabeza y extendiéndose por mis brazos. Durante unos minutos sentí que podía alcanzar y tocar el mundo entero con facilidad. Más tarde, esta experiencia feliz tuvo una contrapartida aterradora en la forma de una sensación de horror muy vívida que me sorprendió una noche mientras regresábamos a casa. Estaba cansada, y me había recostado un momento para descansar antes de prepararme para dormir. De la manera más imprevista, me invadió una furia asesina tan intensa que salté de la cama temblando. Estas dos experiencias eran tan opuestas entre sí que casi parecían representar el cielo y el infierno. Tampoco este impactante contraste me era del todo desconocido. La sacerdotisa «buena», cuya única función era ayudar, y la sacerdotisa «malvada», con su lanza en alto dispuesta a matar, habían presentado un contraste bastante similar.

Solo una vez recuerdo haber pedido que una experiencia viniera para animarme, porque me

sentía un poco decaída. La respuesta vino bajo la imagen de un vivero. Podía ver hileras ordenadas de plantas muy jóvenes, todas etiquetadas con esmero y muy bien cuidadas. Junto a las plantas había una regadera grande. La imagen no significaba nada para mí y me pareció un poco irritante.

—¿Y de qué me sirve esto? —refunfuñé—. ¿Qué tiene de útil?

—Mira dónde está creciendo —dijo la Voz silenciosa, que para entonces ya no era tan imprevista.

—¿Pero qué significa? —pregunté, aún indignada.

—Mira—dónde—está—creciendo —repitió la Voz, lenta y claramente.

—Oh, está bien —respondí, todavía un poco malhumorada.

Luego miré la escena con más atención. El vivero en su totalidad estaba rodeado por un desierto árido y sin vida. Solo la pequeña zona donde crecían las plantas estaba húmeda y verde.

—Y ahora que ha comenzado de verdad —dijo la Voz—, seguirás regándolo, ¿verdad?

Casi abrumada, prometí intentarlo.

También hubo algunos breves períodos durante los cuales se produjeron cambios en mi conciencia del tiempo. Tal vez el más impactante ocurrió una tarde mientras me cepillaba el cabello, pensando que necesitaba un corte y no me sentía para nada inspirada. Entonces vi mi vida representada por una línea dorada que se extendía sin fin hacia atrás y también hacia delante. Había una diminuta hendidura en la línea que yo reconocí como mi vida presente. Era de una pequeñez ridícula, apenas perceptible. Junté las manos con auténtico placer.

«¿Qué puede importar lo que suceda en este pequeño parpadeo del tiempo?», me pregunté con feliz asombro. «Parece tan largo e importante mientras estás dentro de él, pero en menos de un instante es como si nunca hubiera sucedido». Tuve plena certeza de esto por varios minutos, durante los cuales pareció como si un gran peso se hubiera levantado de mi mente.

Todas estas cosas sucedieron en un período de no más de unos pocos meses.

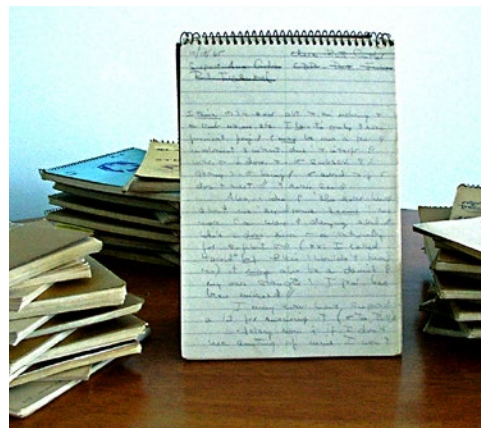
Un curso de milagros

Un día, durante ese mismo verano, le dije a Bill que estaba a punto de hacer algo muy inesperado. No tenía idea de qué era, pero sabía que iba a suceder pronto. A instancias de Bill, había estado llevando una especie de diario desde nuestra visita a Virginia Beach. Ahora Bill sugirió que, si anotaba todo lo que se me ocurriera en relación con ese «algo inesperado», podría descubrir qué era. Al principio no conseguí gran cosa con mis intentos y estaba a punto de abandonarlos. Luego, una tarde, mientras anotaba algunos de mis pensamientos, la Voz, que ya me resultaba más o menos familiar, comenzó a darme instrucciones definidas. «Este es *Un curso de milagros*», dijo. «Por favor, toma notas».

Aunque la Voz en sí ya no me sorprendía, no estaba preparada para lo que dijo. No obstante, tomé nota de la primera página del «curso» antes de asustarme realmente. Entonces dejé mi lápiz y llamé a Bill.

—¿Es la misma Voz que has oído antes? —preguntó.

—Creo que sí —respondí—, pero ahora está usando



Los cuadernos de Helen

palabras muy específicas y parece que quiere continuar durante bastante tiempo. Dejé de escribir porque me dio miedo. Estoy convencida de que había más, si hubiera continuado.

—¿Cómo vienen las palabras? preguntó Bill.

—Es difícil de describir —respondí—. No puede ser una alucinación, porque la Voz no viene de afuera. Todo es interno. No hay sonido real, y las palabras vienen mentalmente, pero con mucha claridad. Podría decirse que es una especie de dictado interno.

—¿Sabes lo que estás escribiendo? —preguntó Bill—. ¿Lo describirías como un proceso automático?

—Oh, no —dije—. No es automático en absoluto. Soy perfectamente consciente de lo que estoy haciendo. No está fuera de mi control en lo más mínimo.

—Intenta escribir un poco más y mira qué pasa —sugirió Bill.

—Preferiría no hacerlo —dije—. Francamente, lo encuentro bastante perturbador.

Pronto me di cuenta de que no tenía muchas opciones al respecto. Sin embargo, se me dio una especie de «explicación» mental en forma de una serie de pensamientos relacionados que cruzaron mi mente en rápida sucesión, componiendo un todo bastante coherente. Según esta «información», la situación mundial estaba empeorando en un grado alarmante. Personas de todo el mundo estaban siendo llamadas a ayudar, y estaban haciendo sus contribuciones individuales como parte de un plan general y preestablecido. Al parecer, yo había aceptado escribir *Un curso de milagros* tal como me fuera dado. La Voz estaba cumpliendo su parte del acuerdo, así como yo cumpliría la mía. Iba a emplear habilidades que había desarrollado hace mucho tiempo, y que en realidad no estaba lista para usar de nuevo. Sin embargo, debido a que la emergencia era tan aguda, se pasaría por alto el lento y habitual proceso evolutivo en lo que podría describirse como una «prisa celestial». Podía percibir la urgencia que había detrás de esta «explicación», sin importar lo que pensara sobre su contenido. La sensación que se me transmitió era que el tiempo se estaba agotando.

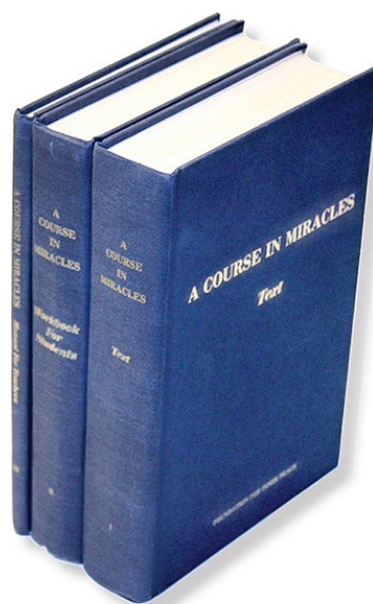
No estaba satisfecha. Incluso en el improbable caso de que la «explicación» fuera cierta, no me consideraba una buena candidata para el papel de «escriba». Expresé mi oposición en silencio pero con firmeza.

«¿Por qué yo?», pregunté. «Ni siquiera soy religiosa. No entiendo las cosas que me han estado ocurriendo y ni siquiera me gustan. Además, me ponen nerviosa. Soy, probablemente, la peor elección que podrías hacer».

«Al contrario», me aseguraron. «Eres una excelente elección por una razón muy simple. Lo harás».

No tuve respuesta para eso y me rendí. La Voz tenía razón. Sabía que lo haría. Y así comenzó la escritura de *Un curso de milagros*.

Sentía que la escritura venía a mí casi a diario, y en ocasiones varias veces al día. Nunca interfería con el trabajo ni las actividades sociales, sino que comenzaba en algún momento lo bastante libre como para escribir sin interrupciones. Yo tomaba notas en un cuaderno de taquigrafía que pronto comencé a llevar conmigo, por si acaso. Podía negarme a cooperar, y con bastante frecuencia lo hacía, al menos al principio. Pero pronto aprendí que no tendría paz



La primera edición de *Un curso de milagros*

hasta que cooperara. Aun así, mantuve siempre mi «derecho a negarme». A veces me negaba a escribir durante más de un mes, periodo en el cual solo me deprimía cada vez más. Nunca hubo nada automático en la escritura. Siempre requería mi plena cooperación consciente.

Las noches resultaron ser un momento propicio para el «dictado», en especial para las «tareas» adicionales. Me oponía con dureza y, a menudo, me iba a la cama desafiante sin escribir nada, pero no podía dormir. Al fin, frustrada, me levantaba y escribía según las indicaciones. A veces estaba tan cansada que, tras escribir solo unos párrafos, volvía a la cama y me dormía. Sin embargo, a la mañana siguiente sentía el impulso de continuar con la sección antes del desayuno, quizás terminándola de camino al trabajo o en esos ratos sueltos que surgen entre las exigencias laborales del día. Cuando comenzaba una frase nunca sabía cómo terminaría, y las ideas llegaban tan rápido que me costaba seguirles el ritmo, incluso utilizando una combinación de símbolos taquigráficos y abreviaturas que había desarrollado tras años de tomar notas en clase y en sesiones de terapia.

La escritura era muy interrumpible. En la oficina, podía dejar el cuaderno para atender el teléfono, hablar con un paciente, supervisar a un miembro novato del equipo, u ocuparme de alguna de nuestras numerosas emergencias, y luego retomar la escritura sin revisar siquiera dónde había quedado. En casa, podía hablar con mi esposo, charlar con un amigo o echar una siesta, y después continuar con el cuaderno sin perturbar en lo más mínimo el flujo de las palabras. No importaba si me había detenido al final de un párrafo o en medio de una oración. Era como si la Voz se limitara a esperar hasta que yo regresara para comenzar de nuevo. Escribía con la misma facilidad en casa, en la oficina, en un banco del parque o en un taxi, un autobús o el metro. La presencia de otras personas no interfería en absoluto. Cuando llegaba el momento de escribir, las circunstancias externas parecían ser irrelevantes.



Helen

Al principio, en particular, sentí la tentación de cambiar alguna palabra aquí y allá, creyendo que así lograría mayor consistencia. Sin embargo, y por lo general, el impulso de devolverla a la versión original era tan fuerte que lo hacía al poco tiempo. De hecho, el asunto solía inquietarme hasta que lo corregía. Además, pronto quedó claro que las palabras no estaban escogidas al azar. A veces, lo que en un principio parecía inconsistente se aclaraba más adelante y la redacción original resultaba necesaria para garantizar la claridad posterior. En otras ocasiones, ciertas ideas se plasmaban en frases específicas que volvían a aparecer en contextos de los que yo aún no me había percatado, de modo que cualquier cambio que me sintiera tentada a hacer habría reducido la consistencia de los pensamientos en lugar de mejorarla.

La escritura continuó durante años y, aunque el terror agudo que sentí al principio fue disminuyendo con el tiempo, nunca llegué a acostumbrarme del todo. A pesar de los períodos de abierta rebeldía, nunca se me ocurrió renunciar en serio a ella, aunque siempre la consideré una intromisión enorme y a menudo exasperante. Hubo, sin embargo, unos pocos momentos excepcionales en los que, mientras escribía, me sentí transportada de un modo singular. En esas ocasiones, las palabras parecían casi cantar, y yo sentía una profunda sensación de confianza e incluso de privilegio. Después me di cuenta de que estas secciones resultaban ser las más poéticas. Pero estos

eran solo breves períodos de respiro, aunque felices. Casi siempre me sentía incrédula y sombría, desconfiada y asustada. No obstante, por angustiada que fuera la escritura en general, leerle el material a Bill después era muchísimo peor. Habíamos acordado que yo le leería mis notas al final del día, y él las mecanografiaría. Odiaba escuchar lo que había escrito. Estaba segura de que sería incoherente, absurdo y sin sentido. Por otra parte, a veces algo me conmovía de forma tan inesperada y profunda que rompía a llorar.

Bill fue comprensivo en extremo, en particular durante las primeras transcripciones, que fueron muy difíciles para ambos. Apenas podía leer las notas en voz alta. Comencé a tartamudear con apreciable notoriedad, algo que nunca me había ocurrido antes ni me ha vuelto a pasar. También sufría agudos ataques de tos o me veía atrapada en prolongados accesos de bostezos, hasta el punto de que me resultaba imposible hablar por un tiempo. A veces, incluso perdía la voz por completo. La situación era tan difícil para Bill como para mí. Él entendía que yo necesitaba su aliento constante, pero también tenía que lidiar con sus propias incertidumbres, además de mis casi constantes estados de pánico. Sin embargo, a Bill no se le ocurrió abandonar todo esto, tal como a mí nunca me pareció una opción real. En muchos sentidos, parecía que estábamos cumpliendo una tarea conjunta. Ambos enfrentábamos sentimientos de intensa contradicción, pero compartíamos la sensación de que era importante continuar.

En cuanto a mí, no podía explicar ni reconciliar mis actitudes de ostensible inconsistencia. Por un lado, conservaba mi carácter oficial de agnóstica, me disgustaba el contenido del dictado, y sentía un fuerte impulso de atacarlo y demostrar que estaba equivocado. Por otro lado, dedicaba mucho tiempo al proceso de anotar y luego dictárselo a Bill, por lo que era evidente que también me lo tomaba muy en serio. De hecho, llegué a referirme a él como la obra de mi vida, aunque seguía sin estar convencida de su autenticidad y me ponía muy nerviosa al respecto. Como Bill señalaba, el solo hecho de que discutiera tanto con el material, indicaba que yo creía en él. Si bien esto era cierto, no me ayudaba en absoluto. Me encontraba en la imposible situación de no creer en la obra de mi vida, una situación ridícula y además dolorosa.

No hay duda de que el agudo conflicto que experimenté fue en gran medida interno, si no en su totalidad. Era sorprendente que las circunstancias externas fueran tan favorables. La escritura estuvo bien sincronizada para interrumpirme lo menos posible y, a pesar de sus propios conflictos, Bill me brindó permanentes respuestas positivas y un apoyo notable y sostenido. Además, las actitudes de mi esposo fueron, para mi sorpresa, muy útiles. No podía dejar de notar mis frecuentes períodos de escritura, y tenía derecho a recibir algún tipo de explicación. Con bastante reticencia, decidí decirle la verdad. Por fortuna, fue más que tolerante. Siempre estaba animándome. Como era evidente que el contenido le perturbaba, dejé de mostrarle el material después de un tiempo. Sin embargo, estaba entusiasmado con mi escritura y no parecía que el proceso mismo le produjera ansiedad. Eso me alegraba. Yo no lo tomaba con tanta calma.

¿De dónde venía la escritura? Hacía un uso evidente de mi formación académica, mis intereses y mi experiencia, pero eso se notaba más en el estilo que en el contenido. Ciertamente, el tema mismo era lo último de lo que habría esperado escribir. El *Texto*, tal como se presenta, no ha cambiado excepto por la omisión de algunos temas personales que se abordaron solo al principio. Los títulos de los capítulos y las subdivisiones se añadieron después, pero la organización del material, que con naturalidad parecía encajar en estas divisiones, no se ha alterado. El *Libro de ejercicios*, que fue dictado en forma de «lecciones» diarias, se presenta tal como lo anoté. Pero ¿de dónde venía la escritura?

Posteriormente, descubrí que muchos de los conceptos e incluso algunos de los términos utilizados en la escritura se encuentran en el pensamiento místico tanto occidental como oriental, pero en ese momento yo no sabía nada al respecto. Tampoco entendía la serena pero impresionante autoridad con la que la Voz dictaba, y me refiero a ella con mayúscula debido en gran parte al extraño carácter cautivador de esta autoridad. No entiendo la verdadera autoría del proceso de escritura, pero la combinación particular de certeza, sabiduría, dulzura, claridad y paciencia que caracterizaba a la Voz hizo que esa forma de referirme a ella me pareciera del todo apropiada.

En varios puntos de la escritura, la Voz misma habla en términos inequívocos sobre el Autor. Mis propias reacciones a estas referencias, que de hecho me dejaron atónita en su momento, han disminuido en intensidad y ahora se encuentran en el nivel de una simple indecisión. No entiendo los eventos que llevaron a la escritura. No entiendo el proceso y, ciertamente, no entiendo la autoría. Sería inútil para mí intentar darle una explicación.

PARTE IV

Como conclusión natural...

Nota final de archivos:

Es interesante que en su autobiografía Helen Schucman no incluyera un resumen del Curso y su significado, que ella conocía y comprendía a la perfección, dando la impresión de que carecía de tal conocimiento a pesar de ser su escriba. Pero como su coescriba William Thetford solía reconocer ante otros, «Helen conocía el Curso perfectamente». Igualmente, Kenneth Wapnick, quien trabajó estrechamente con Helen en la preparación del manuscrito del Curso para su publicación, afirma en sus *Recuerdos de Helen*: «No creo haber conocido nunca a nadie como ella en mi vida... tenía una faceta muy santa... (y) ella conocía el Curso en su totalidad, como resultado de una sabiduría inherente». Y añade: «por ende, nadie lo conocía mejor que ella».

Por lo tanto, parece adecuado incluir aquí, como complemento a la conclusión de su autobiografía, fragmentos de un resumen sobre el Curso que Helen escribió en 1977 en respuesta a las muchas peticiones de una breve introducción a *Un curso de milagros*, la cual aparece como el Prefacio al Texto. Helen misma escribió las primeras dos partes: *Cómo surgió* y *Qué es*; la parte final, *Qué postula*, la escribió mediante el proceso de dictado interior característico. Las partes *Qué es* y *Qué postula*, que abordan conceptos similares, se presentan aquí como conclusión natural para la autobiografía de Helen, en el espíritu de reconocer su perfecto conocimiento y comprensión de *Un curso de milagros* por ser su escriba.

¿Qué es?

Como el propio título lo indica, el Curso está organizado de principio a fin como un recurso de enseñanza. Se compone de tres libros: el *Texto* que tiene 766 páginas, el *Libro de ejercicios*, con 523, y el *Manual para el maestro*, que consta de 102. El orden que el estudiante debe seguir al usar los libros y la manera de estudiarlos depende, en cada caso, de sus necesidades y preferencias personales.

El programa de estudios que el Curso propone se planeó meticulosamente y se explica paso a

paso, tanto en el orden práctico como en el teórico. El Curso pone más énfasis en la aplicación práctica que en la teoría, y más en la experiencia que en la teología. Señala específicamente que “una teología universal es imposible, mientras que una experiencia universal no solo es posible, sino necesaria” (C-in.2:5). Aunque su enfoque es cristiano, el Curso aborda temas espirituales de carácter universal. Subraya que no es más que una de las muchas versiones del programa de estudios universal y que difiere de las demás solo en su forma. En última instancia, todas conducen a Dios.

El *Texto* es fundamentalmente teórico y expone los conceptos en los que se basa el sistema de pensamiento del Curso. Sus ideas contienen los cimientos de las lecciones del *Libro de ejercicios*. Sin la aplicación práctica que el *Libro de ejercicios* provee, el *Texto* quedaría reducido, en su mayor parte, a una serie de abstracciones que no tendrían la fuerza necesaria para producir el cambio de mentalidad que es la meta del Curso.

El *Libro de ejercicios* consta de 365 lecciones, una para cada día del año. No es necesario, sin embargo, hacer las lecciones siguiendo ese ritmo; se puede, si se desea, dedicar más de un día a una lección determinada. Las instrucciones solo recomiendan que no se intente hacer más de una lección por día. El carácter práctico del *Libro de ejercicios* queda subrayado en su propia introducción, donde se da más valor a la experiencia lograda con la práctica que a cualquier compromiso previo de carácter espiritual:

Algunas de las ideas que el *Libro de ejercicios* presenta te resultarán difíciles de creer, mientras que otras tal vez te parezcan muy sorprendentes. Nada de eso importa. Se te pide simplemente que las apliques tal como se te indique. No se te pide que las juzgues. Se te pide únicamente que las uses. Es usándolas como cobrarán sentido para ti, y lo que demostrará que son verdad.

Recuerda solamente esto: no tienes que creer en las ideas, no tienes que aceptarlas y ni siquiera tienes que recibirlas con agrado. Puede que hasta te opongas vehementemente a algunas de ellas. Nada de eso importa, ni disminuye su eficacia. Pero no hagas excepciones al aplicar las ideas expuestas en el *Libro de ejercicios*. Sean cuales sean tus reacciones hacia ellas, úsalas. No se requiere nada más (L-in.8-9).

Finalmente, el *Manual para el maestro*, escrito en forma de preguntas y respuestas, contesta algunas de las preguntas que con mayor probabilidad pueden hacer los estudiantes. Incluye asimismo aclaraciones de algunos de los términos que el Curso utiliza, y los explica dentro del marco teórico del *Texto*.

El Curso no afirma ser de por sí el final del aprendizaje, ni es el propósito de las lecciones del *Libro de ejercicios* llevar a término el aprendizaje del estudiante. Al final se deja al lector en manos de su propio Maestro interno, Quien dirigirá el resto del aprendizaje a Su criterio. Si bien el alcance del Curso es muy amplio, la verdad no puede limitarse a ninguna forma finita, como se indica claramente en el párrafo con que finaliza el *Libro de ejercicios*:

Este curso es un comienzo, no un final... ya no se asignarán más lecciones específicas, pues ya no son necesarias. En lo sucesivo, oye tan solo la Voz que habla por Dios. Él dirigirá tus esfuerzos, diciéndote exactamente lo que debes hacer, cómo dirigir tu mente y cuándo debes venir a Él en silencio, pidiendo Su dirección infalible y Su Palabra certera (L-ep.1:1; 3:1-3).

¿Qué postula?

Nada real puede ser amenazado.

Nada irreal existe.

En esto reside la paz de Dios.

Así comienza *Un curso de milagros*, el cual establece una clara distinción entre lo real y lo irreal, entre el conocimiento y la percepción. El conocimiento es la verdad y está regido por una sola ley: la Ley del Amor o Dios. La verdad es inalterable, eterna e inequívoca. Es posible no reconocerla, pero es imposible cambiarla. Esto es así con respecto a todo lo que Dios creó, y solo lo que Él creó es real. La verdad está más allá del aprendizaje porque está más allá del tiempo y de todo proceso. No tiene opuestos, ni principio ni fin. Simplemente es.

El mundo de la percepción, por otra parte, es el mundo del tiempo, de los cambios, de los comienzos y de los finales. Se basa en interpretaciones, no en hechos. Es un mundo de nacimientos y muertes, basado en nuestra creencia en la escasez, en la pérdida, en la separación y en la muerte. Es un mundo que aprendemos, en vez de algo que se nos da; es selectivo en cuanto al énfasis perceptual, inestable en su modo de operar e inexacto en sus interpretaciones.

Del conocimiento y de la percepción surgen dos sistemas de pensamiento distintos que se oponen entre sí en todo. En el ámbito del conocimiento no existe ningún pensamiento aparte de Dios porque Dios y Su Creación comparten una sola Voluntad. El mundo de la percepción, por otra parte, se basa en la creencia en opuestos, en voluntades separadas y en el perpetuo conflicto que existe entre ellas, y entre ellas y Dios. Lo que la percepción ve y oye parece real porque solo admite en la conciencia aquello que concuerda con los deseos del perceptor. Esto da lugar a un mundo de ilusiones, mundo que es necesario defender sin descanso, *precisamente* porque no es real.

Una vez que alguien queda atrapado en el mundo de la percepción, queda atrapado en un sueño. No puede escapar sin ayuda, porque todo lo que sus sentidos le muestran da fe de la realidad del sueño. Dios nos ha dado la Respuesta, el único Medio de escape, el verdadero Ayudante. La función de Su Voz, Su Espíritu Santo, es mediar entre los dos mundos. El Espíritu Santo puede hacer eso porque, si bien una parte conoce la verdad, reconoce también nuestras ilusiones, aunque no cree en ellas. El objetivo del Espíritu Santo es ayudarnos a escapar del mundo de los sueños, enseñándonos cómo cambiar nuestra manera de pensar y cómo corregir nuestros errores. El perdón es el recurso de aprendizaje excelso que el Espíritu Santo utiliza para llevar a cabo ese cambio en nuestra manera de pensar. El Curso, no obstante, ofrece su propia definición de lo que en realidad es el perdón, así como también de lo que es el mundo.

El mundo que vemos refleja simplemente nuestro marco de referencia interno: las ideas predominantes, los deseos y las emociones que albergan nuestras mentes. “La proyección da lugar a la percepción” (T-21.in.1:1). Primero miramos en nuestro interior y decidimos qué clase de mundo queremos ver; luego proyectamos ese mundo afuera y hacemos que sea real para nosotros tal como lo vemos. Hacemos que sea real mediante las interpretaciones que hacemos de lo que estamos viendo. Si nos valemos de la percepción para justificar nuestros propios errores —nuestra ira, nuestros impulsos agresivos, nuestra falta de amor en cualquier forma que se manifieste—, veremos un mundo lleno de maldad, destrucción, malicia, envidia y desesperación. Tenemos

que aprender a perdonar todo esto, no porque al hacerlo seamos “buenos” o “caritativos”, sino porque lo que vemos no es real. Hemos distorsionado el mundo con nuestras absurdas defensas y, por lo tanto, estamos viendo lo que no está ahí. A medida que aprendamos a reconocer nuestros errores de percepción, aprenderemos también a pasarlos por alto, es decir, a “perdonarlos”. Al mismo tiempo nos perdonamos a nosotros mismos, al mirar más allá de nuestros autoconceptos distorsionados y ver el Ser que Dios creó en nosotros y como nosotros.

El pecado se define como una “falta de amor” (T-1.IV.3:1). Puesto que lo único que existe es el amor, para el Espíritu Santo el pecado no es otra cosa que un error que necesita corrección, en vez de algo perverso que merece castigo. Nuestra sensación de ser inadecuados, débiles y de estar incompletos procede del gran valor que le hemos otorgado al “principio de la escasez” el cual rige al mundo de las ilusiones. Desde este punto de vista, buscamos en otros lo que consideramos que nos falta a nosotros. “Amamos” a otro con el objeto de ver qué podemos obtener de él. De hecho, a esto es a lo que en el mundo de los sueños se le llama amor. No puede haber mayor error que ese, pues el amor es incapaz de exigir nada.

Solo las mentes pueden unirse realmente y, lo que Dios ha unido, ningún hombre lo puede desunir (T-17.III.7:3). No obstante, la verdadera unión, que nunca se perdió, solo es posible en el nivel de la Mente de Cristo. El “pequeño yo” procura engrandecerse obteniendo del mundo externo aceptación, posesiones y “amor”. El Ser que Dios creó no necesita nada. Está eternamente a salvo y es eternamente íntegro, amado y amoroso. Busca compartir en vez de obtener; extender en vez de proyectar. No tiene necesidades de ninguna clase y solo busca unirse a otros que, como él, son conscientes de su propia abundancia.

Las relaciones especiales que se establecen en el mundo son destructivas, egoístas e “infantilmente” egocéntricas. Mas si se le entregan al Espíritu Santo, pueden convertirse en lo más sagrado de la tierra: en los milagros que señalan el camino de retorno al Cielo. El mundo utiliza las relaciones especiales como un arma decisiva de la exclusión y como una prueba de la separación. El Espíritu Santo las transforma en perfectas lecciones de perdón y las utiliza como un medio para despertarnos del sueño. Cada una representa una oportunidad de sanar nuestras percepciones y de corregir nuestros errores. Cada una es una nueva oportunidad de perdonarnos a nosotros mismos, perdonando a otros. Y cada una viene a ser una invitación más al Espíritu Santo y al recuerdo de Dios.

La percepción es una función del cuerpo y, por lo tanto, supone una limitación de la conciencia. La percepción ve a través de los ojos del cuerpo y oye a través de sus oídos. Produce las limitadas reacciones que este tiene. El cuerpo aparenta ser, en gran medida, automotivado e independiente, mas en realidad solo responde a las intenciones de la mente. Si la mente lo utiliza para atacar, sea de la forma que sea, el cuerpo se convierte en la víctima de la enfermedad, la vejez y la decrepitud. Si la mente, en cambio, acepta el propósito del Espíritu Santo, el cuerpo se convierte en un medio eficaz de comunicación con otros, invulnerable mientras se le necesite, que se descarta amablemente cuando deja de ser útil. De por sí, el cuerpo es neutro, como lo es todo en el mundo de la percepción. Utilizarlo para los objetivos del ego o para los del Espíritu Santo depende enteramente de lo que la mente elija.

Lo opuesto a ver con los ojos del cuerpo es la visión de Cristo, la cual refleja fortaleza en vez de debilidad, unidad en vez de separación y amor en vez de miedo. Lo opuesto a oír con los oídos del cuerpo es la comunicación a través de la Voz que habla en favor de Dios, el Espíritu Santo, Quien mora en cada uno de nosotros. Su Voz nos parece distante y difícil de oír porque el ego,

que habla en favor del yo falso y separado, parece hablar a voz en grito. Sin embargo, es todo lo contrario. El Espíritu Santo habla con una claridad inequívoca y ejerce una atracción irresistible. Nadie puede ser sordo a Sus mensajes de liberación y esperanza, a no ser que elija identificarse con el cuerpo, y nadie puede dejar de aceptar jubilosamente la visión de Cristo a cambio de la miserable imagen que tiene de sí mismo.

La visión de Cristo es el don del Espíritu Santo, la alternativa que Dios nos ha dado contra la ilusión de la separación y la creencia en la realidad del pecado, la culpabilidad y la muerte. Es la única corrección para todos los errores de percepción: la reconciliación de los aparentes opuestos en los que se basa este mundo. Su benévola luz muestra todas las cosas desde otro punto de vista, reflejando el sistema de pensamiento que resulta del conocimiento y haciendo que el retorno a Dios no solo sea posible, sino inevitable. Lo que antes se consideraba una injusticia que alguien cometió contra otro, se convierte ahora en una petición de ayuda y de unión. El pecado, la enfermedad y el ataque se consideran ahora percepciones falsas que claman por el remedio que procede de la ternura y del amor. Las defensas se abandonan porque donde no hay ataque no hay necesidad de ellas. Las necesidades de nuestros hermanos se vuelven las nuestras, porque son nuestros compañeros en la jornada de regreso a Dios. Sin nosotros, ellos perderían el rumbo. Sin ellos, nosotros jamás podríamos encontrar el nuestro.

El perdón es algo desconocido en el Cielo, donde es inconcebible que se pudiese necesitar. En este mundo, no obstante, el perdón es una corrección necesaria para todos los errores que hemos cometido. Perdonar a otros es la única manera en que nosotros mismos podemos ser perdonados, ya que refleja la ley celestial según la cual dar es lo mismo que recibir. El Cielo es el estado natural de todos los Hijos de Dios tal como Él los creó. Esa es su realidad eternamente, la cual no ha cambiado porque nos hayamos olvidado de ella.

El perdón es el medio que nos permitirá recordar. Mediante el perdón cambiamos la manera de pensar del mundo. El mundo perdonado se convierte en el umbral del Cielo porque mediante su misericordia podemos finalmente perdonarnos a nosotros mismos. Al no mantener a nadie prisionero de la culpa, nos liberamos. Al reconocer a Cristo en todos nuestros hermanos, reconocemos Su Presencia en nosotros mismos. Al olvidar todas nuestras percepciones erróneas, y al no permitir que nada del pasado nos detenga, podemos recordar a Dios. El aprendizaje no nos puede llevar más allá de eso. Cuando estemos listos, Dios Mismo dará el último paso que nos conducirá de regreso a Él.

